

BALANCE DE 7 AÑOS DE BENEDICTO XVI

1 Benedicto XVI, siete largos, profundos e intensos años

<http://vaticaninsider.lastampa.it/es/homepage/vaticano/dettagliospain/articulo/papa-pope-el-papa-14467/>

**Joseph Ratzinger y el primer balance de un Pontificado.
Obama destaca la "incansable" labor del Papa por la paz**

REDACCIÓN

ROMA

Fue elegido el 19 de abril de 2005 en el cuarto escrutinio del último cónclave. La fumata blanca que anunciaba la elección del sucesor de Juan Pablo II apareció en torno a las 18, y en torno a las 18,40 se dió el anuncio de que el nuevo Papa era el cardenal alemán que desde hacía casi 23 años era prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, y que había adoptado el nombre de Benedicto XVI, inspirado por San Benito, el monje que difundió el cristianismo en Europa y por Juan de la Iglesia-Benedicto XVI, el pontífice genovés que condenó la primera guerra mundial como una «inútil masacre».

«Lo que sorprende de Benedicto XVI es la coherencia, la sabiduría y la serenidad, siendo bien consciente de los problemas con los cuales se debate la Iglesia y la humanidad. Lo que dice lo vive él mismo con una entereza también humana. Quizás precisamente por este motivo sus enseñanzas no dejan indiferentes». Lo escribe **el secretario de Estado vaticano, el Cardenal Tarcisio Bertone**, en una intervención publicada hoy en las columnas del "Il Messaggero" con ocasión del séptimo aniversario del pontificado de Papa Ratzinger.

«Coherentes –añade- han sido sus siete años de pontificado desde el primer anuncio de su "proyecto", como un simple y humilde trabajador en la viña del Señor. **Ha mantenido inalterable la línea de sus primeros discursos en los que indicaba como la prioridad más alta hacer que Dios esté presente en este mundo y abrir a los hombres el acceso a Dios».**

Esta es la línea que sigue, explica, la convocatoria del Año de la Fe desde el próximo mes de octubre, cincuenta años después del Concilio Vaticano II. El cardenal subraya también el papel de una figura como Benedicto XVI para las jóvenes **generaciones: «un educador y un maestro excepcional».** **«Se equivoca verdaderamente –precisa- quien quiere ver al Papa únicamente concentrado en los libros, lejos de los problemas reales de la gente».**

En el diario de los obispos italianos "Avvenire" **Carlo Cardia** en un profundo editorial significativamente titulado "La sintonía que da futuro" escribe: «Benedicto XVI es el pontífice que más que ningún otro ha usado el magisterio de la Iglesia para la defensa y la promoción de los derechos humanos, de su universalidad, difundiendo el significado de los mismos entre los pueblos, pidiendo el respeto de la libertad religiosa que en muchos lugares del mundo es violada con persecuciones y violencia, sobre todo hacia los cristianos».

El pontificado de Joseph Ratzinger- Benedicto XVI es al mismo «tiempo dramático y luminoso» porque tiene lugar en la época que sucede a la del enfrentamiento entre civilizaciones y porque el Papa no cede a la tentación del «pesimismo» o la «renuncia». Lo afirma monseñor Bruno Forte, teólogo y **arzobispo de Chieti en dos profundizaciones sobre el aniversario de la elección del Papa, una entrevista en Radio Vaticano y un artículo en "Il sole 24 ore"**.

El pontificado ratzingeriano para Forte es «dramático por los tiempos en los que tiene lugar»: «la época que sigue al enfrentamiento entre civilizaciones que a algunos les parecía inevitable e incluso la única vía del progreso futuro; un enfrentamiento en el cual el Papa -subraya el arzobispo de Chieti -se ha situado con extrema lucidez, con palabras claras, las del rechazo a todos los tipos de violencia ejercitada en nombre de Dios». Y sin embargo "el dramatismo es no solo el de los contextos amplios, sino también la crisis general que atraviesa la aldea global, de manera particular Occidente; una crisis que el Papa siente en primera persona y que ha expresado de manera muy lúcida, especialmente en la constitución de un Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización».

El presidente de Estados Unidos, **Barack Obama**, ha enviado un mensaje de felicitación al Papa con motivo del séptimo aniversario desde su nombramiento en el que destaca su "incansable labor para unir a la gente de diferentes creencias en el credo común de la paz". Benedicto XVI ha recibido un mensaje de la secretaria de Estados del país norteamericano, **Hillary Clinton**, en nombre de Obama. Esta felicitación se suma a las enviadas por numerosas iglesias, movimientos eclesiales y organismos oficiales

2 Biografía de Joseph Ratzinger

http://es.wikipedia.org/wiki/Benedicto_XVI

Joseph Aloisius Ratzinger empieza a ser más conocido en su competencia intelectual al participar en el Concilio Vaticano II como asesor

teológico del cardenal Josef Frings. Posteriormente fue nombrado arzobispo de Múnich y luego cardenal por el papa Pablo VI en 1977. En 1981 fue llamado a Roma para ser prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe por el papa Juan Pablo II, quien años más tarde lo nombró decano del Colegio Cardenalicio y, como tal, cardenal-obispo de Ostia en 2002.

Como cardenal decano, presidió los funerales de su predecesor, el papa Juan Pablo II. A los pocos días, el 19 de abril de 2005, el mismo Ratzinger era elegido papa. Sus primeras palabras tras la elección como sumo pontífice fueron:

Queridos hermanos y hermanas, después del gran papa Juan Pablo II los señores cardenales me eligieron a mí, un simple y humilde trabajador en la viña del Señor. Me consuela el hecho de que el Señor sabe trabajar y actuar incluso con instrumentos insuficientes, y sobre todo me encomiendo a vuestras oraciones.

Ratzinger domina por lo menos seis idiomas (alemán, italiano, francés, latín, inglés y español. Además, lee el griego antiguo y el hebreo. Es miembro de varias academias científicas de Europa y ha recibido ocho doctorados *honoris causa* de diferentes universidades (entre otras, de la Universidad de Navarra en 1998 y de la Pontificia Universidad Católica del Perú en 1986); además es ciudadano honorífico de las comunidades de Pentling (1987), Marktl (1997), Traunstein (2006) y Ratisbona (2006).

Es un experto pianista y su compositor favorito es Mozart. Es el sexto (quizás séptimo, según la procedencia de Esteban VIII, de quien se desconoce si nació en Roma o en Alemania) papa alemán desde Víctor II. En abril de 2005 fue incluido en la lista de las 100 personas más influyentes del mundo por la revista *Time*.

Teólogo

Como joven profesor de teología, abría a sus alumnos a pensadores en aquel momento considerados avanzados, y que en aquella época incluso tuvieron problemas con la Jerarquía católica, como Yves Congar o Henri de Lubac, además de a los grandes autores protestantes como Karl Barth, Oscar Cullmann o Dietrich Bonhoeffer. Ello le acarreó los recelos del catolicismo más conservador.

Entendía que había que superar la abstracción metafísica de la neoescolástica en la que consideraba estaba atrapada la teología católica. Defendía la necesidad de abrirse a un nuevo lenguaje que, partiendo del Evangelio, conectase existencialmente con las inquietudes del hombre concreto contemporáneo. En ese sentido, no ha ocultado la influencia en su enfoque de la filosofía de existencialistas como Heidegger o Karl Jaspers.

Como asesor en el Concilio Vaticano II del cardenal Frings, defendió un debate abierto y una elaboración de los textos creativa, impulsando las ideas reformistas que se tradujeron en las concepciones renovadas de la relación entre la Iglesia y el Mundo y una nueva manera de exponer las verdades centrales del cristianismo como la Revelación o la Salvación. (Así lo recuerda en el Libro *La Sal de la Tierra*)

En su estudio sobre la ***Teología de la Historia en San Buenaventura***, aparecen ya algunas constantes de su pensamiento. Para Ratzinger, la fe de la Iglesia ha de fundamentarse en el mensaje de liberación del Evangelio y en la tradición más primigenia del cristianismo, (en particular los Padres de la Iglesia) de los que es posible hacer una relectura significativa para el hombre de hoy. Esto no significa, según él, la defensa del pasado, porque entiende que el depósito de la fe es inagotable, ha de entenderse vivencialmente de un modo dinámico y, por lo tanto, está siempre proyectado hacia lo nuevo.

En su libro ***Introducción al Cristianismo***, defiende que el ser es ser pensado, pensamiento del Espíritu absoluto que se ha revelado como relación. Concibe la relación como una forma primigenia de lo real: la unidad primigenia es unidad en el amor. Así es como hay que entender el dogma de la Trinidad, donde la más intrincada teoría transmite enseñanzas prácticas para concebir el cosmos y la vida, en particular la vida humana cuyo origen y meta está en el amor.

Insiste en este mismo tratado que la omnipotencia divina se descubre en su esencia a través de la entrega del hombre Jesús de Nazareth. Sólo se entiende lo que es Dios en la impotencia y debilidad del pesebre de Belén y la muerte ignominiosa en la Cruz. Esto nos revela la ley de lo abundante, donde el amor se derrocha y suscita la respuesta de la fe que ha de ser, de este modo, una respuesta de amor. En ello se toca lo esencial del ser humano que se encuentra a sí mismo cuando se siente amado y, como respuesta, es capaz de salir de sí mismo al encuentro de los demás, especialmente de los necesitados, y de la Trascendencia. Esta es la idea básica de su libro ***Mirar a Cristo***.

En el terreno moral, ha insistido en que el *cristianismo no es un moralismo*. La fe cristiana no tiene nada que ver con la religiosidad que busca la recompensa, que se ciñe a un legalismo ético para ganarse supuestamente un derecho a la salvación. La fe en Jesús se basa en la humildad que vive del amor gratuito recibido (gracia) más allá del mérito y el rigorismo. Es esta apertura al don lo que transforma al hombre y produce su conversión (la *metanoia* del evangelio). Llamó la atención su afirmación de que *la moral sexual representaba un capítulo particularmente oscuro y trágico en la historia del pensamiento cristiano*, aunque recordó que la concepción de la unión carnal entre el hombre y la mujer como sacramento y

manifestación del amor de Dios no ha permitido que se cayera, a diferencia del gnosticismo y del dualismo de las primeras herejías, en una aversión a la sexualidad. Por ello se mostró partidario de una visión antropológica positiva del cuerpo y su lenguaje, que estima coherente con el Dios de la Creación y de la Vida que se revela en la Biblia.

Sobre la Escatología tiene una obra del mismo título donde pretende dar respuesta teológica a una sociedad burguesa atenazada por el miedo al sufrimiento y a la muerte. En esta obra afirma que la fe cristiana está volcada hacia la vida, su meta es vida en todos sus niveles en cuanto a don y reflejo de Dios, que es la Vida. Para la fe cristiana, sostiene, no existe ninguna vida inútil.

Ratzinger reaccionó en el libro **Informe sobre la fe** ante lo que consideró una deriva caótica del catolicismo tras el Concilio Vaticano II, atribuyéndola a lo que estimaba era una interpretación superficial del mismo que se apuntaba acriticamente a todo lo novedoso por efímero e inconsistente que esto fuera. Así, mostró su preocupación por un relativismo que pone en cuestión la idea de Verdad dogmática y Moral. Para él, la Verdad no es un punto de llegada, es una llamada a la búsqueda sincera donde la razón puede desplegar todas sus energías, pero eso no la diluye ni la transforma en mera invención subjetiva y manipulable. Si se renuncia a la verdad acerca del hombre, se renuncia a su libertad (así lo expresa en su libro **Fe, Verdad, Tolerancia**). Denunció también el empobrecimiento que para un culto profundo supuso el abandono de una liturgia enraizada en la tradición de la Iglesia.

Combatió, asimismo, la identificación del compromiso social cristiano con la colaboración en las nuevas estructuras de poder revolucionario que surgieron en Latinoamérica. Por ello condenó las manifestaciones más exacerbadas de la Teología de la Liberación, a la que vio influida por un marxismo llamado a desaparecer. También fue crítico con la identificación de la fe cristiana con formas políticas conservadoras, en coherencia con su concepción de un cristianismo que va mucho más allá de la mezquina defensa de estructuras políticas y sociales que siempre serán mutables y pasajeras. Entiende que la fe cristiana es incompatible con la adhesión a sistemas de dominación y opresión, sean del signo que sean. Por ello ha denunciado los males derivados del capitalismo y el liberalismo occidentales.

En su **Teoría de los Principios Teológicos, materiales para una teología fundamental**, sostiene que la Iglesia debe superar sus disputas internas y reflexionar sobre la posibilidad de respuesta que lleva en su interior. Afirma que una de las primeras reglas del discernimiento espiritual consiste en que donde está ausente la alegría y el humor está ausente el Espíritu.

Para Ratzinger, el cristiano occidental vive hoy en una era neopagana, marcada por la idolatría del dinero, el prestigio, el placer y el poder. Por ello la persona está cada vez más aislada y desorientada y la sociedad desprovista de valores humanos consistentes. Ante ello, el cristiano ha de ser el que transmita la liberación del que vive del Perdón y la promesa de la Vida Eterna para todos los hombres. Solo desde estos parámetros se puede recobrar y defender un sentido pleno de la dignidad humana. Muestra su escepticismo ante la eficacia de una reforma estructural de la Iglesia, entiende más bien que lo que hay que hacer es poner esa estructura al servicio del amor. Para él, *la Iglesia vive de la alegría que los cristianos experimentan por ser tales (Ser Cristiano en la era neopagana)*.

Todo esto lo ha colocado en el punto de mira crítico de la teología católica más avanzada, si bien le valió la confianza de Juan Pablo II y lo llevó a desempeñar con rigor el cargo de Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe

El 25 de noviembre de 1981, Juan Pablo II nombró a Ratzinger prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

Dimitió en la arquidiócesis de Múnich a principios de 1982. Fue nombrado cardenal obispo de Velletri-Segni en 1993, elegido vicedecano del Colegio Cardenalicio en 1998 y finalmente decano del mismo 2002, uniendo como es preceptivo su sede cardenalicia a la de Ostia. Ideológicamente, Ratzinger tiene ideas conservadoras en cuanto al control de la natalidad y el diálogo interreligioso. Fue el cardenal más próximo a Juan Pablo II; Ratzinger y Wojtyla fueron calificados intelectualmente como "almas gemelas".

Bajo su prefectura se dictaron escritos acerca de la postura de la iglesia católica con respecto a las personas homosexuales (1986), y "Carta a los obispos de la Iglesia Católica sobre la atención pastoral de las personas homosexuales" (1992), rechazando los proyectos de reconocimiento legal de las uniones entre personas homosexuales (3 de junio de 2003).

Por razón de su cargo fue también el responsable de estudiar la compatibilidad de la teología de la liberación con la doctrina católica; le compitió prohibir el ejercicio de la enseñanza en nombre de la Iglesia a teólogos disidentes como Hans Küng, Leonardo Boff y otros, varios de ellos españoles. Con esto mostró su posición como filósofo y teólogo de raíces hegelianas, como su inspirador y maestro, el fallecido Joseph Frings, cardenal del título de *S. Giovanni a Porta Latina* y arzobispo de Colonia

Según el New York Times, el Vaticano habría reconocido en 2010 haber encubierto (durante el mandato del papa como prefecto de la Congregación

para la Doctrina de la Fe) a un sacerdote estadounidense, Lawrence Murphy, sospechoso de haber abusado de unos 200 niños sordos.

Sin embargo, el Vaticano desmintió tal encubrimiento en una nota publicada posteriormente a la noticia. Se explicó en la misma que a mediados de los años setenta, algunas víctimas del padre Murphy informaron sobre estos abusos a las autoridades, que emprendieron una investigación en ese momento. Según portavoz del Vaticano, Federico Lombardi, dicha investigación fue abandonada. La Congregación para la Doctrina de la Fe fue informada sobre esta cuestión unos 20 años después. Dado que el padre Murphy era anciano, en un estado de salud muy deteriorado, en aislamiento, y que no se habían registrado denuncias de abusos desde hacía veinte años, la Congregación para la Doctrina de la Fe sugirió que el arzobispo de Milwaukee considerara afrontar la situación, por ejemplo, restringiendo el público ministerio del padre Murphy y exigiendo que el padre Murphy aceptara la plena responsabilidad de sus actos. El padre Murphy murió aproximadamente cuatro meses después, sin ulteriores incidentes.

Durante su Servicio como Cardenal Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el Papa Juan Pablo II le encomendó en 1986 la redacción de un nuevo Catecismo de la Iglesia católica, el cual fue terminado y publicado luego de seis años de trabajo en 1992, con la Constitución Apostólica "Fidei Depositum" o depósito de la Fe, del sumo pontífice Juan Pablo II.

El año 1986 confió a una Comisión de doce cardenales y obispos, presidida por el cardenal Joseph Ratzinger, el encargo de preparar un proyecto del catecismo solicitado por los padres del Sínodo. Un Comité de siete obispos diocesanos, expertos en teología y catequesis, colaboró con la Comisión en ese trabajo.



PONTIFICADO

El 19 de abril de 2005 fue elegido sucesor de Juan Pablo II después de dos días de cónclave y dos *fumatas* negras. El cardenal Ratzinger había repetido sucesivas veces que le gustaría retirarse a una aldea bávara y dedicarse a escribir libros pero, más recientemente, había reconocido a sus

amigos estar listo para "cualquier función que Dios le atribuyera".

Su elección generó de inmediato duras críticas, centradas en su supuesto perfil neo-conservador; se lo acusó de desear restituir la organización y doctrina de la Iglesia a la que tenía antes del Concilio Vaticano II. Algunos analistas preveían que con él la Iglesia endurecería sus posturas en lo referente a la prohibición del aborto, la homosexualidad, la eutanasia o el uso de métodos anticonceptivos. Sus partidarios aducen que durante su Prefectura sólo uno de los procesos abiertos acabó en excomunión: el del arzobispo ultraconservador Monseñor Marcel Lefebvre; también se le conoce que asistió al Concilio Vaticano II y que había sido de los más progresistas y propuesto reformas novedosas.

Recientemente ha publicado en castellano la obra "*Fe, verdad, tolerancia*", en la cual expone la doctrina de la Iglesia Católica en los tiempos actuales.

En agosto de 2005, participó en la Jornada Mundial de la Juventud en Colonia, cosechando grandes muestras de afecto por parte de la juventud y donde también se destacó el recuerdo de Juan Pablo II.

En octubre del mismo año, participó en el Sínodo de Obispos, agregando una sección de intervenciones libres, cuya difusión pública tuvo que restringir debido a unas declaraciones de su sucesor en la Congregación para la Doctrina de la Fe, sobre el voto a los políticos católicos que estaban a favor del aborto.

Según datos de la Prefectura Apostólica, en el año 2007 unas 2.830.100 personas han participado en encuentros públicos con el Pontífice en el Vaticano o en Castelgandolfo (es decir, no se incluyen los viajes).

PUBLICACIONES

Además de varias encíclicas (una carta, generalmente sobre algún aspecto de la doctrina católica, enviada por el Papa y dirigida por este a los obispos católicos de un área en particular o, más frecuentemente, a los obispos del mundo), en 2007 publicó la primera parte su libro *Jesús de Nazareth* en la que reflexiona sobre la figura de Jesucristo en calidad de teólogo, no como papa. En él sale al paso de ideas recientes que reducen la figura del Jesús histórico a un mero moralista rebelde o liberal, a un profeta escatológico o un revolucionario político. Sin rechazar frontalmente estas visiones, Ratzinger hace hincapié en que el factor de inteligibilidad clave es la unión de Jesús con el Padre. Esta vivencia de intimidad con Dios le otorga autoridad para presentarse como un nuevo Moisés que renueva la Ley judía (Torá) para darle pleno cumplimiento en la predicación de las bienaventuranzas (la pobreza, la mansedumbre, la pureza de corazón...) y el amor al enemigo. Su experiencia de Hijo lo lleva a la obediencia de un

amor entregado hasta la muerte. Jesús era el Rey esperado por Israel, pero un rey que rechaza la tentación demoníaca del poder y se presenta en la humildad de su origen, su cercanía a los pecadores y su servicio a todos. Existe una plena correspondencia entre el Jesús histórico que anunció e hizo presente el Reinado de Dios y el Cristo de la fe de las primeras comunidades de creyentes. Los evangelios, por lo tanto, sin ser reportajes exactos de lo acontecido, nos revelan la verdadera Persona de Jesús y su significación auténtica como Hijo de Dios. Apartando esta expresión de sus antecedentes mitológicos y políticos, la condición de Hijo permite asomarnos al interior de Jesús que nos da a conocer a Dios como *Abba* (Padre, en arameo). En ello radica la originalidad de Jesús y su novedad.

Diálogo con religiones no cristianas

En 2000, la Congregación para la Doctrina de la Fe publicó un documento titulado *Dominus Iesus*, que reafirmaba la histórica doctrina y misión de la Iglesia de proclamar el Evangelio. Esto sorprendió a los que erróneamente pensaron que la Iglesia anteriormente había repudiado este papel único en el mundo.

Este documento apuntaba el peligro para la Iglesia de teorías relativistas que justifican el pluralismo religioso negando que Dios se haya revelado a la humanidad.

El Congreso Judío Mundial celebró su elección al pontificado, haciendo notar "su gran sensibilidad a la historia judía y al Holocausto".

En una entrevista en 2004 para el diario *Le Figaro*, Ratzinger había dicho que Turquía, un país musulmán por herencia y población pero secular por su constitución, debería mirar en un futuro hacia una asociación de países islámicos más que a la Unión Europea, que tenía raíces cristianas. Dijo que Turquía siempre ha estado "en contraste permanente con Europa", y que ligarla a Europa sería un error.

Sus defensores argumentan que es de esperarse que un líder de la Iglesia Católica se pronuncie en favor de la superioridad del Catolicismo sobre otras religiones. También mantienen que las notas del *Dominus Iesus* no son indicativas de intolerancia ni de falta de voluntad para establecer un diálogo con otras religiones e, indican, esto es claro al leer el documento entero. Ellos dicen que Ratzinger fue muy activo en promover el diálogo interreligioso. Al defender el *Dominus Iesus*, Ratzinger estableció que cree que el diálogo inter-religioso debe tomar lugar basado en la igualdad de la dignidad humana, pero que la igualdad de la dignidad humana no debe implicar qué lado sea el correcto. El presidente del Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso dijo el 26 de marzo: "El papa Benedicto XVI, al igual que su predecesor Juan Pablo II, nunca cesó de decir y demostrar su

oposición a la intervención armada en Irak". Él dijo que la Iglesia no es "occidente", es "católica".

El papa condenó fuertemente las caricaturas de Mahoma, primero publicadas por un diario danés y luego en otras publicaciones europeas. "En el contexto internacional en el que vivimos en el presente, la Iglesia Católica continúa convencida de que, para mantener la paz y el entendimiento entre personas y hombres, es necesario y urgente que las religiones y sus símbolos sean respetados", dijo. Agregó que esto implica que "los creyentes no sean objeto de provocaciones que afecten sus vidas y sentimientos religiosos. Destacó que "para los creyentes, así como la gente de buena voluntad, el único factor que puede llevar a la paz y fraternidad es el respeto hacia las convicciones y prácticas religiosas de otros".

El 16 de abril de 2006, en su primer mensaje de Pascua, hizo un llamado por una solución pacífica en el conflicto nuclear con Irán. Dijo: "Acerca de las crisis internacionales ligadas al poder nuclear, que haya una solución honorable que lleve a una negociación seria y honesta". También hizo un llamado para el establecimiento de un estado palestino. Dijo: "Que la comunidad internacional, que reafirma el derecho de Israel a existir en paz, asista al pueblo palestino para salir de las precarias condiciones en las que vive y para construir su futuro, para la constitución de un estado que sea verdaderamente suyo".

Su visión de la guerra en Irak es que "no tiene justificación moral". Como cardenal, fue crítico de la decisión del Presidente George W. Bush de enviar un ejército al corazón del Islam. Dijo que "El concepto de guerra preventiva no aparece en el Catecismo de la Iglesia Católica".

Como se detalla más abajo, el 12 de septiembre de 2006 se vio envuelto en una controversia al citar al emperador bizantino Manuel II Paleólogo con la frase: "Muéstrame también aquello que Mahoma ha traído de nuevo, y encontrarás solamente cosas malvadas e inhumanas, como su directiva de difundir por medio de la espada la fe que él predicaba". El asunto provocó disturbios y protestas airadas y violentas de musulmanes en numerosos países, que el papa trató de aplacar explicando que había habido una "malinterpretación" de las palabras; posteriormente el asunto perdió importancia sin ocasionar más incidentes.

Críticas y problemas

Ratzinger llevó las riendas de la Congregación para la Doctrina de la Fe, lo que le hizo ganarse críticas de "duro" y "conservador" entre los sectores más progresistas de la Iglesia. Fue polémico su enfrentamiento con su amigo y rival, el teólogo Hans Küng, lo cual incrementó su fama de intransigente, acusación que ni el propio Küng comparte [cita requerida].

Ambos eran compañeros de juventud en la Universidad de Tubinga, donde ejercían como profesores de Dogmática y defendían de forma entusiasta las reformas aperturistas del Concilio Vaticano II. Pero tras mayo de 1968, Ratzinger se fue haciendo más conservador y crítico con las posiciones teológicas más liberales y relativistas, mientras Küng radicalizó su pensamiento y fue desarrollando una teología muy crítica con los dogmas (especialmente con el de la infalibilidad papal). En 1979 la Santa Sede suspendió a Küng para officiar como sacerdote y enseñar teología católica, polémica decisión que los partidarios de Küng atribuyeron a Ratzinger [cita requerida]. Sin embargo, en septiembre de 2005, unos meses después de iniciado su papado, Ratzinger invitó a Küng a su residencia en Castelgandolfo para departir amistosamente sobre cuestiones teológicas en las que venía trabajando Küng y que interesaban al papa, aunque dejando de lado las viejas polémicas en torno a la dogmática. Küng, desde su ecumenismo, piensa ahora que Benedicto XVI podría llegar a ser el renovador de la Iglesia que como cardenal no fue [cita requerida].

En una carta dirigida por el cardenal Ratzinger, entonces prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, al cardenal Theodore McCarrick, arzobispo de Washington DC, y a monseñor Wilton Gregory, presidente de la Conferencia de Obispos Católicos de Estados Unidos (USCCB), con ocasión de la reunión plenaria de primavera que este organismo, se sostiene una posible disparidad de opiniones entre los católicos hacia la pena de muerte, que contrasta con la posición sobre la eutanasia y el aborto:

Puede haber una legítima diversidad de opinión entre católicos respecto de ir a la guerra y aplicar la pena de muerte, pero no, sin embargo, respecto del aborto y la eutanasia.

Carta de J. Ratzinger, al cardenal Theodore McCarrick, arzobispo de Washington DC

En el párrafo anterior de esa misma carta, se dicen unas palabras importantes para situar esta cita en su contexto:

Por ejemplo, si un católico discrepara con el Santo Padre sobre la aplicación de la pena de muerte o en la decisión de hacer la guerra, éste no sería considerado por esta razón indigno de presentarse a recibir la Sagrada Comunión. Aunque la Iglesia exhorta a las autoridades civiles a buscar la paz, y no la guerra, y a ejercer discreción y misericordia al castigar a criminales, aún sería lícito tomar las armas para repeler a un agresor o recurrir a la pena capital.

Durante una visita a su Baviera natal, el 12 de septiembre de 2006 Benedicto XVI pronunció un discurso en la Universidad de Ratisbona citando una discusión acaecida entre el emperador bizantino Manuel II Paleólogo (1350-1425) y un persa recogido en la obra publicada en los años 60

'Conversaciones con un musulmán, Séptimo coloquio', del teólogo alemán de origen libanés Theodore Khoury:

"En el séptimo coloquio editado por el profesor Khoury, el emperador toca el tema de la 'yihad' (...) de manera sorprendentemente brusca se dirige a su interlocutor simplemente con la pregunta central sobre la relación entre religión y violencia, en general, diciendo: 'Muéstrame también aquello que Mahoma ha traído de nuevo, y encontrarás solamente cosas malvadas e inhumanas, como su directiva de difundir por medio de la espada la fe que él predicaba'. El emperador explica así minuciosamente las razones por las cuales la difusión de la fe mediante la violencia es algo irracional. La violencia está en contraste con la naturaleza de Dios y la naturaleza del alma. 'Dios no goza con la sangre; no actuar según la razón es contrario a la naturaleza de Dios. La fe es fruto del alma, no del cuerpo. Por lo tanto, quien quiere llevar a otra persona a la fe necesita la capacidad de hablar bien y de razonar correctamente, y no recurrir a la violencia ni a las amenazas... Para convencer a un alma razonable no hay que recurrir a los músculos ni a instrumentos para golpear ni de ningún otro medio con el que se pueda amenazar a una persona de muerte...' Discurso de Benedicto XVI el 12 de septiembre de 2006 en Baviera

El texto enfureció a numerosos clérigos y creyentes musulmanes, que consideraron una insensibilidad o un desatino citar un texto antiguo donde se desacreditaba a todo el Islam como "violento y malvado". El papa afirmó días después que se habían malinterpretado sus palabras y lamentó que hubiese habido quien las hubiera interpretado erróneamente, tanto en el mundo islámico como en Occidente; ese mismo año hizo un acercamiento a personalidades de otras religiones, tras reunirse con líderes de Turquía y con el patriarca ecuménico de Constantinopla, Bartolomé I.

De todas formas, el Instituto de Retórica de la Universidad de Tubinga le concedió al discurso, en decisión de 18 diciembre, el premio al mejor discurso del año 2006. El Jurado indicó que había sido malinterpretado intencionadamente. En época de fundamentalismos religiosos -así decía la motivación del jurado-, este discurso suponía "una determinación -muy comprometida, de gran precisión argumentativa y llena de referencias históricas- de la fe cristiana desde el espíritu griego", un discurso "magistralmente construido en su composición sinfónica y a la vez coherente".

En el libro publicado en 2010 cuyo autor es el periodista alemán Peter Seewald y titulado La luz del mundo. El papa, la iglesia y las señales del tiempo, Benedicto XVI consideró el uso de preservativos en determinados usos como un primer paso hacia la moralización, en el caso de prostitución de alguien con SIDA.

...puede ser un primer paso para abrir la vía a una sexualidad más humana, vivida de otro modo.

El jueves 24 de mayo de 2012 el Consejo de Vigilancia del Instituto para las Obras de Religión, conocido como el Banco Vaticano votó a favor del cese del presidente Ettore Gotti Tedeschi, un economista de 67 años, según algunas fuentes miembro, según otras solamente cercano, del Opus Dei, amigo del Papa, por supuestas "irregularidades en su gestión" (el banco vaticano estaba siendo sometido desde hacía casi un año a una investigación judicial por supuesta violación de las normas de blanqueo de capitales). Gotti Tedeschi, tras el voto de desconfianza y un durísimo comunicado, dimitió inmediatamente y declaró: "Prefiero no hablar. Si lo hiciera, solo diría palabras feas. Me debatí entre el ansia de explicar la verdad y no querer turbar al Santo Padre con tales explicaciones". Un largo informe de Gotti Tedeschi tras su dimisión, escrito para ser entregado al Papa, acabó en manos de la Fiscalía de Roma, al ser descubierto casualmente por la policía de Roma, que investigaba un caso totalmente ajeno.

Detención del mayordomo del Papa. El viernes 25 de mayo de 2012 se filtra a la prensa que dos días antes la Gendarmería del Vaticano había detenido al mayordomo del Papa, Paolo Gabrieli, de 46 años, casado y con tres hijos, supuestamente por desvelar y difundir documentos secretos (aparecidos en diversos medios) que el secretario personal de Benedicto XVI, el sacerdote alemán Georg Gänswein, guardaba en su pequeña oficina del apartamento papal. El portavoz del Vaticano, el padre Federico Lombardi llega a admitir que la Iglesia católica está sufriendo su particular "Vaticanleaks". Pocos días después de la detención del "cuervo" (nombre habitual en Italia para este tipo de actuaciones), el papa se refiere al asunto, recordando que Jesús también fue traicionado, y acusando a los medios de comunicación de magnificar el problema.

3 BXVI, un gobernante que no huye, un maestro que no aburre



<http://www.laiglesiaenlaprensa.com/2012/04/index.html>

La Iglesia en la prensa

Se acercan dos significativos aniversarios de Benedicto XVI, su 85 cumpleaños y el séptimo de pontificado. Es un momento de balances. Siguiendo una línea de brevedad, aquí van dos

puntos que me parecen significativos.

Una de las características más sorprendentes del pontificado de Benedicto XVI es que "entra" hasta el fondo de los problemas, los aborda, no los deja pasar aunque sean incómodos. Lo hemos visto, por citar solo algunos ejemplos, con el caso Maciel, con los seguidores de Lefebvre, con los casos de abusos, con las relaciones con el islam, con los anglicanos, con la transparencia económica, e incluso –la semana pasada- con los sacerdotes austriacos contestatarios. El Papa toma el toro por los cuernos y se expone en primera persona. Digo que es sorprendente porque son pocos los líderes que arriesgan tanto. A veces su función de gobierno se ha visto deslucida por meteduras de pata (o peor) de algunos de sus colaboradores. Y en otras ocasiones se le ha dejado sólo ante el peligro (o al menos así lo vi yo).

El segundo rasgo que define su pontificado, desde mi punto de vista, es su tono positivo. Si uno lee lo que dice y escribe, se da cuenta de que para el Papa el catolicismo no es un cúmulo de prohibiciones, sino una opción radicalmente positiva. El mismo afirma, en el libro-entrevista "Luz del mundo", que su toda su vida de sacerdote, de teólogo, de obispo y ahora de Papa ha tenido como único objetivo difundir la alegría cristiana. En su magistral vertiente de maestro que no aburre, Benedicto XVI pasará sin duda a la historia. El problema es que, a veces, lo que dice está rodeado de tal "ruido" -polémicas y distorsiones- que resulta difícil escucharle en "versión original".

El Papa es hoy una de las pocas personas que dicen a los hombres de nuestro tiempo lo que necesitan saber. Y lo hace sin humillar ni –valga el juego de palabras- "pontificar". Quizás sea esta una de las razones por las que su magisterio suscita cada vez más interés entre intelectuales no católicos. Y para los católicos, lo que busca es colocarlos delante de Jesús de Nazareth, a quien no por coincidencia ha dedicado el que será -muy probablemente- su último libro (publicado en tres partes).

4 Benedicto XVI: un balance

Tiene 7 años en el pontificado, y acaba de cumplir 85 de edad. Se ve agotado

BRUNO RENAUD | 27/04/2012

Sacerdote de Petare

<http://www.ultimasnoticias.com.ve/opinion/firmas/bruno-renaud/benedicto-xvi--un-balance.aspx>

Física, ¿ánimicamente?, desgastado. El mismo Benedicto lo confesó recientemente: se siente en la "recta final" de su vida. El balance de hoy es algo pesimista. Aparentemente, el papa no ha logrado comunicar su mensaje: insistir en la calidad del ser cristiano, persona de fe, esperanza y caridad.

Benedicto ha heredado situaciones dramáticas que no fueron de su responsabilidad. La primera: tan eficazmente como el comunismo de antaño, el resultado principal del neoliberalismo triunfante es la negación práctica de Dios. Entre Dios y el dinero, lo dice el evangelio, no hay nada común. La respuesta papal, por medio de sus encíclicas, ha sido más bien intelectual, y poco profética.

Segundo elemento de una situación perversa: Benedicto recibió la tormenta mediática causada por la pedofilia y otros abusos sexuales cometidos en la Iglesia. Le costó enormemente capear ese temporal, ampliado por los errores de juicio de su predecesor, Juan Pablo II. Lo reconoce el cardenal austríaco Schönborn.

En el contexto difícil de hoy –corrupción general, violencia, rapacidad de los individuos y países ricos, desprecio total por los pobres del mundo, descalabro moral de las instituciones, debilitamiento del sentido de la solidaridad–, ni el pastor de Roma, ni las conferencias episcopales han sabido reaccionar adecuadamente: asumir los retos, denunciar las situaciones de mayor insensatez, modificar el perfil y la formación de sus sacerdotes, convocar a todos los hombres y mujeres de buena voluntad... Requerimos el servicio de hombres casados, la participación responsable de la mujer en la Iglesia, la modificación de normas y disciplinas que no le deben nada a Dios o Cristo, pero sí al temor de los hombres del Vaticano...

La diversidad de los problemas aboga por un papel renovado del centro romano. Pero los últimos nombramientos ponen de manifiesto la reconcentración en la Curia romana y la Iglesia italiana. ¿Así contestarán el papado y la Católica a los problemas del mundo entero? Las lentitudes y sinrazones de este pontificado exasperan a muchos. Necesitamos un papa antorcha de la esperanza.

ANÁLISIS CRÍTICOS

5 LOS CASOS DE PEDOFILIA Y EL EXTREMO CONSERVADURISMO DEL PAPA

Benedicto XVI, 5 años de pontificado con una Iglesia Católica en crisis

Los escándalos sexuales golpean al Vaticano. Y nadie discute sobre el celibato.

<http://edant.clarin.com/diario/2010/04/20/elmundo/i-02184403.htm>

El Papa fue festejado ayer con un almuerzo en la Sala Ducal del Palacio Apostólico por 60 cardenales que celebraron con el el quinto aniversario de su pontificado. Buena oportunidad para hacer un balance de los días de Benedicto XVI, cada vez más agitados. Pero en la montaña de análisis que pueden leerse en estas horas, impacta un dato: nadie escribe ni dice una palabra, y al parecer ni se les ocurre, que el peor problema de la inmovilidad paralizante que sufre el catolicismo tiene una causa formidable: la ausencia total en el gobierno de la Iglesia de las discriminadas mujeres, que suman más de la mitad de los 1.150 millones de feligreses.

A nadie se le ha ocurrido en los grandes medios de comunicación, en las homilias y sermones, destacar que la crisis que hoy vive el pontificado de Benedicto XVI se reconoce en la absoluta postergación del genio femenino, la maravillosa contribución que ellas harían a la Iglesia si estuvieran en puestos de comando. La ausencia y la negación se han convertido en algo natural. Nadie se esperaba que este Papa cambiara las cosas. Y no lo hizo.

Sesenta cardenales con el Papa y ninguna mujer en la mesa. En las cercanías hay solo camareras y cocineras, algunas monjitas, siempre subordinadas. Los escándalos por los abusos sexuales cometidos por curas perversos han empapado seriamente el aniversario de un pontificado que para muchos ha vivido en bajada, sobre todo estos dos años.

La magnitud de la conmoción que han causado estos miles de casos en la Iglesia ha devuelto a funciones importantes a dos personajes que habían sido retirados con discretos empujones. El ex secretario de Estado, cardenal Angelo Sodano y el ex vicario del Papa en Roma, cardenal Camillo Ruini. Ambos han sido llamados de urgencia con la misión de defender al pontífice. Ayer, Sodano, como decano del Sacro Colegio, fue el encargado de hacer el elogio del pontífice, como en el domingo de Pascua en la plaza de San Pedro.

Pero miremos ese altar mayor de la Iglesia. Dominado por figuras algo encorvadas, que en buena parte han superado los 80 años y aportan una mentalidad del pasado. La Iglesia monosexo, gobernada por varones e integrada por un ministerio ordenado de 400 mil sacerdotes, donde las

cuestiones de sexo resultan rigurosamente temibles y muchas veces desviadas, acumula inmensos problemas y se interroga cómo resolverlos. Pero de eso, de las mujeres, no se habla. Ni los críticos, ni los comentaristas, ni los analistas se han acordado de ese, el tema más difícil e importante. Las mujeres meten miedo si pretenden ser tratadas de igual a igual.

Los cinco años de pontificado de Joseph Ratzinger han estado caracterizados por la mentalidad tradicionalista del Papa, cuyas ideas estuvieron siempre a la vista. Quienes lo eligieron en el Cónclave del 19 de abril de 2005 no podrán decir que han sido sorprendidos por un pontífice que sufre un conservadurismo excesivo. Ratzinger ha sido sincero.

Las ideas llevadas a cabo por el tradicionalismo ratzingeriano han producido algunos fuertes infartos. El ataque imprudente al Islam en Ratisbona en 2006. Los continuos desencuentros con los judíos, pese a la sinceridad de Benedicto XVI por ser amigo de los hebreos aunque haya reimplantado el rezo del Viernes Santo con la misa en latín y la oración por la conversión de los judíos, de infausta memoria. La provocación a los anglicanos fomentando el cisma de los conservadores contrarios al sacerdocio de las mujeres y a la ordenación de homosexuales declarados.

Es inútil hilar demasiado fino. Este Papa, gran teólogo, siempre que ha querido cambiar ha sido en favor de la tradición, empujando a la Iglesia más hacia la derecha y hacia atrás. Y desde hace dos años los problemas se han convertido en la crisis de un pontificado que no logra recuperar la iniciativa.

Primero fueron los deseos irresistibles que siempre tuvo el cardenal Ratzinger de reabsorber el cisma de los ultramontanos de Marcel Lefebvre, que lo llevó a levantar la excomunión de cuatro obispos, entre ellos el inglés que vivía en Argentina, monseñor Richard Williamson, negador de las cámaras de gas y del holocausto. Fines de enero 2009. Apenas ayer. Aquello fue un shock que hizo detonar una contestación sin precedentes en Europa. El prestigio del Papa sufrió golpes muy fuertes.

Ese año, aquel "annus horribilis", la crisis del episcopado se ha hecho más honda. La meritoria voluntad de Benedicto XVI de terminar con la cultura tan arraigada en la Iglesia de proteger más a los curas abusadores que a sus víctimas ha llevado a un inesperado caos. El Papa propone la penitencia, pero no comienza por proponerse como el primer arrepentido tras haber sido, durante tantos años y como guardián de la ortodoxia, uno de los responsables de los cajoneos y ocultamientos de los casos. Esta crisis se refleja en el crecimiento de los enfrentamientos internos entre cardenales, obispos y otros responsables del gobierno de la Iglesia, sobre todo en la Curia Romana. Este 2010 puede ser otro "annus horribilis", en el

que los dilemas se harán más agudos y la incertidumbre más inquietante. Y las mujeres siguen afuera. Pero un día llegarán.

6 Carta abierta de Hans Küng a los obispos católicos de todo el mundo.

Cinco años de pontificado de Benedicto XVI.

Hans Küng, teólogo **Abril 15 2010** **El País**



*El teólogo **Hans Küng** juzga el pontificado de Benedicto XVI como el de las oportunidades perdidas. En el quinto aniversario de su llegada al Vaticano, pide al clero que reaccione ante la crisis de la Iglesia, agudizada por los abusos a menores.*

Estimados obispos,

*El Papa ha perdido la ocasión de lograr los grandes desafíos de la Iglesia
No ha pedido perdón por los abusos ni ha logrado acercarse a los judíos.*

Ratzinger interpreta de forma retrógrada el Concilio

En vista de tantas irregularidades, el silencio os hace cómplices.

La obediencia ilimitada sólo se debe a Dios. No impide decir la verdad.

Para recuperar la confianza sólo vale la franqueza y una reforma consecuente.

Joseph Ratzinger, ahora Benedicto XVI, y yo fuimos entre 1962 1965 los dos teólogos más jóvenes del concilio. Ahora, ambos somos los más ancianos y los únicos que siguen plenamente en activo. Yo siempre he entendido también mi labor teológica como un servicio a la Iglesia. Por eso, preocupado por esta nuestra Iglesia, sumida en la crisis de confianza más profunda desde la Reforma, os dirijo una carta abierta en el quinto aniversario del acceso al pontificado de Benedicto XVI. No tengo otra posibilidad de llegar a vosotros.

Aprecié mucho que el papa Benedicto, al poco de su elección, me invitara a mí, su crítico, a una conversación de cuatro horas, que discurrió amistosamente. En aquel momento, eso me hizo concebir la esperanza de que Joseph Ratzinger, mi antiguo colega en la Universidad de Tubinga, encontrara a pesar de todo el camino hacia una mayor renovación de la Iglesia y el entendimiento ecuménico en el espíritu del Concilio Vaticano II. Mis esperanzas, y las de tantos católicos y católicas comprometidos, desgraciadamente no se han cumplido, cosa que he hecho saber al papa Benedicto de diversas formas en nuestra correspondencia. Sin duda, ha cumplido concienzudamente sus cotidianas obligaciones papales y nos ha obsequiado con tres útiles encíclicas sobre la fe, la esperanza y el amor.

Pero en lo tocante a los grandes desafíos de nuestro tiempo, su pontificado se presenta cada vez más como el de las oportunidades desperdiciadas, no como el de las ocasiones aprovechadas:

- Se ha desperdiciado la oportunidad de un entendimiento perdurable con los **judíos**: el Papa reintroduce la plegaria preconiliar en la que se pide por la iluminación de los judíos y readmite en la Iglesia a obispos cismáticos notoriamente antisemitas, impulsa la beatificación de Pío XII y sólo se toma en serio al judaísmo como raíz histórica del cristianismo, no como una comunidad de fe que perdura y que tiene un camino propio hacia la salvación. Los judíos de todo el mundo se han indignado con el predicador pontificio en la liturgia papal del Viernes Santo, en la que comparó las críticas al Papa con la persecución antisemita.

- Se ha desperdiciado la oportunidad de un diálogo en confianza con los **musulmanes**; es sintomático el discurso de Benedicto en Ratisbona, en el que, mal aconsejado, caricaturizó al islam como la religión de la violencia y la inhumanidad, atrayéndose así la duradera desconfianza de los musulmanes.

- Se ha desperdiciado la oportunidad de la reconciliación con los pueblos **nativos colonizados de Latinoamérica**: el Papa afirma con toda seriedad que estos "anhelaban" la religión de sus conquistadores europeos.

- Se ha desperdiciado la oportunidad de ayudar a los **pueblos africanos** en la lucha contra la superpoblación, aprobando los métodos anticonceptivos, y en la lucha contra el sida, admitiendo el uso de preservativos.

- Se ha desperdiciado la oportunidad de concluir **la paz con las ciencias modernas**: reconociendo inequívocamente la teoría de la **evolución** y aprobando de forma diferenciada nuevos ámbitos de investigación, como el de las células madre.

- Se ha desperdiciado la oportunidad de que también el Vaticano haga, finalmente, del espíritu del **Concilio Vaticano II la brújula de la Iglesia** católica, impulsando sus reformas.

Este último punto, estimados obispos, es especialmente grave. Una y otra vez, este Papa relativiza los textos conciliares y los interpreta de forma retrógrada contra el espíritu de los padres del concilio. Incluso se sitúa expresamente contra el concilio ecuménico, que según el derecho canónico representa la autoridad suprema de la Iglesia católica:

- Ha readmitido sin condiciones en la Iglesia a los obispos de **la Hermandad Sacerdotal San Pío X**, ordenados ilegalmente fuera de la Iglesia católica y que rechazan el concilio en aspectos centrales.

- Apoya con todos los medios la **misa medieval tridentina** y él mismo celebra ocasionalmente la eucaristía en latín y de espaldas a los fieles.

- No lleva a efecto el entendimiento con la **Iglesia anglicana**, firmado en documentos ecuménicos oficiales (ARCIC), sino que intenta atraer a la Iglesia católico-romana a sacerdotes anglicanos casados renunciando a aplicarles el voto de celibato.

- Ha reforzado los poderes eclesiales contrarios al concilio con el nombramiento de **altos cargos anticonciliares** (en la Secretaría de Estado y en la Congregación para la Liturgia, entre otros) y obispos reaccionarios en todo el mundo.

El Papa Benedicto XVI parece **alejarse cada vez más de la gran mayoría del pueblo de la Iglesia**, que de todas formas se ocupa cada vez menos de Roma y que, en el mejor de los casos, aún se identifica con su parroquia y sus obispos locales.

Sé que algunos de vosotros padecéis por el hecho de que el Papa se vea plenamente **respaldado por la curia romana en su política anticonciliar**. Esta intenta sofocar la crítica en el episcopado y en la Iglesia y desacreditar por todos los medios a los críticos. Con una renovada exhibición de pompa barroca y manifestaciones efectistas cara a los medios de comunicación, Roma trata de exhibir una **Iglesia fuerte con un "representante de Cristo" absolutista**, que reúne en su mano los poderes legislativo, ejecutivo y judicial.

Sin embargo, la política de **restauración de Benedicto ha fracasado**. Todas sus apariciones públicas, viajes y documentos no son capaces de modificar en el sentido de la doctrina romana la postura de la mayoría de los católicos en cuestiones controvertidas, especialmente en materia de moral sexual. Ni siquiera los encuentros papales con la juventud, a los que asisten sobre todo agrupaciones conservadoras carismáticas, pueden frenar los abandonos de la Iglesia ni despertar más vocaciones sacerdotales.

Precisamente vosotros, como obispos, lo lamentaréis en lo más profundo: desde el concilio, decenas de miles de obispos han abandonado su vocación, sobre todo debido a la ley del celibato. La renovación sacerdotal, aunque también la de miembros de las órdenes, de hermanas y hermanos laicos, ha caído tanto cuantitativa como cualitativamente. La resignación y la frustración se extienden en el clero, precisamente entre los miembros más activos de la Iglesia.

Muchos se sienten abandonados en sus necesidades y sufren por la Iglesia. Puede que ese sea el caso en muchas de vuestras diócesis: cada vez más

iglesias, seminarios y parroquias vacíos. En algunos países, debido a la carencia de sacerdotes, se finge una reforma eclesial y las parroquias se refunden, a menudo en contra de su voluntad, constituyendo gigantescas "unidades pastorales" en las que los escasos sacerdotes están completamente desbordados.

Y ahora, a las muchas tendencias de crisis todavía se añaden **escándalos** que claman al cielo: sobre todo el **abuso de miles de niños y jóvenes** por clérigos -en Estados Unidos, Irlanda, Alemania y otros países- ligado todo ello a una crisis de liderazgo y confianza sin precedentes. No puede silenciarse que el sistema de ocultamiento puesto en vigor en todo el mundo ante los delitos sexuales de los clérigos fue **dirigido por la Congregación para la Fe romana del cardenal Ratzinger** (1981-2005), en la que ya bajo Juan Pablo II se recopilaban los casos bajo el más estricto secreto. Todavía el 18 de mayo de 2001, Ratzinger enviaba un escrito solemne sobre los delitos más graves (Epistula de delictis gravioribus) a todos los obispos.

En ella, los casos de abusos se situaban bajo el secretum pontificium, cuya vulneración puede atraer severas penas canónicas. Con razón, pues, son muchos los que exigen al entonces prefecto y ahora Papa un mea culpa personal. Sin embargo, en Semana Santa ha perdido la ocasión de hacerlo. En vez de ello, el Domingo de Ramos movió al decano del colegio cardenalicio a levantar urbi et orbe testimonio de su inocencia.

Las consecuencias de todos estos escándalos para la reputación de la Iglesia católica son devastadoras. Esto es algo que también confirman ya dignatarios de alto rango. Innumerables curas y educadores de jóvenes sin tacha y sumamente comprometidos padecen bajo una sospecha general. Vosotros, estimados obispos, debéis plantearos la pregunta de cómo habrán de ser en el futuro las cosas en nuestra Iglesia y en vuestras diócesis. Sin embargo, no querría bosquejaros un programa de reforma; eso ya lo he hecho en repetidas ocasiones, antes y después del concilio. Sólo querría plantearos seis propuestas que, es mi convicción, serán respaldadas por millones de católicos que carecen de voz.

1. No callar: en vista de tantas y tan graves irregularidades, el silencio os hace cómplices. Allí donde consideréis que determinadas leyes, disposiciones y medidas son contraproducentes, deberíais, por el contrario, expresarlo con la mayor franqueza. ¡No enviéis a Roma declaraciones de sumisión, sino demandas de reforma!

2. Acometer reformas: en la Iglesia y en el episcopado son muchos los que se quejan de Roma, sin que ellos mismos hagan algo. Pero hoy, cuando en una diócesis o parroquia no se acude a misa, la labor pastoral es

ineficaz, la apertura a las necesidades del mundo limitada, o la cooperación mínima, la culpa no puede descargarse sin más sobre Roma. Obispo, sacerdote o laico, todos y cada uno han de hacer algo para la renovación de la Iglesia en su ámbito vital, sea mayor o menor. Muchas grandes cosas en las parroquias y en la Iglesia entera se han puesto en marcha gracias a la iniciativa de individuos o de grupos pequeños. Como obispos, debéis apoyar y alentar tales iniciativas y atender, ahora mismo, las quejas justificadas de los fieles.

3. Actuar colegiadamente: tras un vivo debate y contra la sostenida oposición de la curia, el concilio decretó la colegialidad del Papa y los obispos en el sentido de los Hechos de los Apóstoles, donde Pedro tampoco actuaba sin el colegio apostólico. Sin embargo, en la época posconciliar los papas y la curia han ignorado esta decisión central del concilio.

Desde que el papa Pablo VI, ya a los dos años del concilio, publicara una encíclica para la defensa de la discutida ley del celibato, volvió a ejercerse la doctrina y la política papal al antiguo estilo, no colegiado. Incluso hasta en la liturgia se presenta el Papa como autócrata, frente al que los obispos, de los que gusta rodearse, aparecen como comparsas sin voz ni voto. Por tanto, no deberíais, estimados obispos, actuar solo como individuos, sino en comunidad con los demás obispos, con los sacerdotes y con el pueblo de la Iglesia, hombres y mujeres.

4. La obediencia ilimitada sólo se debe a Dios: todos vosotros, en la solemne consagración episcopal, habéis prestado ante el Papa un voto de obediencia ilimitada. Pero sabéis igualmente que jamás se debe obediencia ilimitada a una autoridad humana, solo a Dios. Por tanto, vuestro voto no os impide decir la verdad sobre la actual crisis de la Iglesia, de vuestra diócesis y de vuestros países. ¡Siguiendo en todo el ejemplo del apóstol Pablo, que se enfrentó a Pedro y tuvo que “decirle en la cara que actuaba de forma condenable” (Gal 2, 11)!

Una presión sobre las autoridades romanas en el espíritu de la hermandad cristiana puede ser legítima cuando estas no concuerden con el espíritu del Evangelio y su mensaje. La utilización del lenguaje vernáculo en la liturgia, la modificación de las disposiciones sobre los matrimonios mixtos, la afirmación de la tolerancia, la democracia, los derechos humanos, el entendimiento ecuménico y tantas otras cosas sólo se han alcanzado por la tenaz presión desde abajo.

5. Aspirar a soluciones regionales: es frecuente que el Vaticano haga oídos sordos a demandas justificadas del episcopado, de los sacerdotes y de los laicos. Con tanta mayor razón se debe aspirar a conseguir de forma inteligente soluciones regionales. Un problema especialmente espinoso, como sabéis, es la ley del celibato, proveniente de la Edad Media y que se está cuestionando con razón en todo el mundo precisamente en el contexto

de los escándalos por abusos sexuales. Una modificación en contra de la voluntad de Roma parece prácticamente imposible.

Sin embargo, esto no nos condena a la pasividad: un sacerdote que tras madura reflexión piense en casarse no tiene que renunciar automáticamente a su estado si el obispo y la comunidad le apoyan. Algunas conferencias episcopales podrían proceder con una solución regional, aunque sería mejor aspirar a una solución para la Iglesia en su conjunto. Por tanto:

6. Exigir un concilio: así como se requirió un concilio ecuménico para la realización de la reforma litúrgica, la libertad de religión, el ecumenismo y el diálogo interreligioso, lo mismo ocurre en cuanto a solucionar el problema de la reforma, que ha irrumpido ahora de forma dramática. El concilio reformista de Constanza en el siglo previo a la Reforma acordó la celebración de concilios cada cinco años, disposición que, sin embargo, burló la curia romana. Sin duda, esta hará ahora cuanto pueda para impedir un concilio del que debe temer una limitación de su poder. En todos vosotros está la responsabilidad de imponer un concilio o al menos un sínodo episcopal representativo.

La apelación que os dirijo en vista de esta Iglesia en crisis, estimados obispos, es que pongáis en la balanza la autoridad episcopal, revalorizada por el concilio. En esta situación de necesidad, los ojos del mundo están puestos en vosotros. Innúmeras personas han perdido la confianza en la Iglesia católica. Para recuperarla sólo valdrá abordar de forma franca y honrada los problemas y las reformas consecuentes. Os pido, con todo el respeto, que contribuyáis con lo que os corresponda, cuando sea posible en cooperación con el resto de los obispos; pero, si es necesario, también en solitario, con "valentía" apostólica (Hechos 4, 29-31). Dad a vuestros fieles signos de esperanza y aliento y a nuestra iglesia una perspectiva.

Os saluda, en la comunión de la fe cristiana, Hans Küng.

7 Carta abierta al Papa Benedicto XVI de su ex colega Leonard Swidler

Leonard Swidler, Profesor de Pensamiento Católico y Diálogo Interreligioso de la Universidad de Temple (Filadelfia).

"Querido Joe: vuelve a tus fuentes reformistas"

"Hay señales evidentes de que te opones a las palabras y al espíritu del Concilio Vaticano II"

<http://www.periodistadigital.com/religion/mundo/2012/04/17/carta-abierta-al-papa-benedicto-xvi-iglesia-religion-papa-teologos.shtml>

Redacción, 17 de abril de 2012

"Ahora, condenas a sacerdotes leales por hacer justamente lo que tú defendías tan noblemente".

Querido Joe: Hace ya unos años, cuando eras todavía el jefe del Santo Oficio ("de la Inquisición de Cristo", el lema que, como se sabe, está cincelado en piedra sobre el oscuro edificio justo al lado de la plaza de San Pedro), te escribí una carta abierta en relación el papel de la mujer en la Iglesia Católica.

En ese momento, me dirigí a ti con un familiar "Querido Joe", confiando en nuestra relación, fraguada en los años 60 y 70, cuando yo era con frecuencia **profesor invitado de la Facultad de Teología de la Universidad de Tubinga**, y tú, profesor titular en ella.

Lo hice pensando que esta forma de tratamiento directo y personal te haría pensar que esperaba en serio poder **abrir tu mente y tu corazón, para que escuchases lo que quería decirte.**

No tengo forma de saber el éxito que aquella fórmula pudo haber tenido. Sin embargo, **basándome en nuestra antigua "amistad", me dirijo a ti, una vez más, de esta manera fraterna y directa.**

Me preocupa que, sobre todo en los últimos tiempos, haya tantas **señales evidentes de que te opones a las palabras y al espíritu del Concilio Vaticano II**, en el que, como joven y destacado teólogo, ayudaste a que nuestra amada Iglesia Católica pasase de la Edad Media a la modernidad.

Además, mientras fuiste profesor de nuestra Universidad de Tubinga, junto al resto de tus colegas de la Facultad de Teología Católica, **defendiste públicamente 1) la elección de obispos por parte de los fieles, y 2) el mandato limitado de los obispos** (ver el libro '[Obispos Democráticos para la Iglesia Católica Romana](#)').

Ahora, **condenas a sacerdotes leales por hacer justamente lo que tú defendías tan noblemente.** Ellos, y muchos, muchos otros en la Iglesia católica universal, están siguiendo tu ejemplo juvenil, tratando desesperadamente de impulsar a nuestra amada Madre Iglesia hacia la Modernidad.

Utilizo deliberadamente la palabra 'desesperadamente', porque justamente en tu patria, Alemania, y en otros muchos sitios de Europa, **las Iglesias están vacías, y así se encuentran también muchos corazones católicos, cuando escuchan las palabras escalofriantes que llegan de Roma y de los obispos 'radicalmente obedientes'.**

En mi propio país, Estados Unidos, la cuna de la libertad moderna, de los derechos humanos y de la democracia, hemos perdido - isólo en esta generación- un tercio de nuestra población católica, debido a que el Vaticano II prometió un quíntuple giro copernicano (el giro hacia la libertad, el giro hacia el mundo, el giro en el sentido de la historia, la reforma interna, y sobre todo, el diálogo), que fue **deliberadamente frustrado por tu predecesor, y, ahora, cada vez más por ti.**

Joe, tú fuiste uno de los teólogos del Vaticano II que promovieron la llamada del Papa Juan XXIII de **volver a las fuentes originales (y estimulantes) del cristianismo ('ad fontes!')** por medio del aggiornamento (puesta al día) y del espíritu de la reforma. Aquellas fuentes democráticas, que amaban la libertad de la Iglesia primitiva, eran justamente las 'fuentes' de la renovación que explicaste y defendiste claramente, con tus colegas de Tubinga.

Te estoy instando a volver a aquellos principios del espíritu de la reforma de tu juventud. Recuerdo ese espíritu que vuelve a latir de cara a la celebración del 50 aniversario de la Revista de Estudios Ecuménicos (JES), que mi amada esposa Arlene puso en marcha en 1964.

Allí, en el primer número de JES, figuran los artículos de tu amigo y compañero del Concilio Vaticano II, el teólogo Hans Küng, así como los tuyos propios. **Artículos que buscan tender un puente sobre el aislamiento de la Contrarreforma**, sobre el abismo que separa a la Iglesia Católica del resto de la cristiandad, y, por lo tanto, de todo el mundo moderno.

Joe, en ese espíritu, te insto a volver a tus fuentes reformistas: Volver ad fontes ! Pax!

8 La dura crítica de Politi al Papa

Posted on enero 23rd, 2012 by lamet

<http://blogs.21rs.es/lamet/2012/01/la-dura-critica-de-poletti-al-papa/>



El vaticanista Marco Politi, acaba de publicar un polémico libro titulado **“Joseph Ratzinger, crisis de un papado”**.

Según este conocido escritor, en declaraciones a *La Vanguardia*,

"el Vaticano y la Iglesia están atravesando una triple crisis: de visión geopolítica -el Vaticano **ha perdido mucho peso en la escena internacional-**, de las relaciones ecuménicas. Hay una **parálisis en todas direcciones**. Con los protestantes, el Papa va a Alemania, hace un bello discurso sobre Lutero, pero luego no hay novedades. Con los anglicanos todo está parado. Lo mismo también con los ortodoxos, que están próximos y sin embargo no ha habido progresos significativos. **Y hay una tercera crisis interna:** prosigue la gran falta de sacerdotes (...) Y ha habido una fuerte caída de presencia de las mujeres en las congregaciones femeninas. Entre el 2004 y el 2009 se han perdido 40.000 monjas, lo que significa debilitar la infantería de la Iglesia".

Acusa Politi a la Iglesia **de estar a la defensiva**, de no permitir hacer declaraciones a los cardenales, de ser **"un papa a tiempo parcial"**, por dedicarse tanto a la labor intelectual, de haber debilitado la repercusión internacional del papado, y de **vivir en una torre de marfil sin comunicación con el exterior**. No obstante alaba su humanidad: "Visto e cerca, es **una personalidad muy cálida, muy sensible**, también con sentido del humor. Él cree verdaderamente que en el mundo moderno lo importante es un cristianismo testimoniado con simplicidad y convicción".

No obstante el "bajo perfil internacional" de Benedicto XVI tiene otra lectura para mí laudable. Frente a un Juan Pablo II con vocación de líder mundial y un no disimulado fundamentalismo, Joseph Ratzinger **ha dado a su predicación un tono más evangélico y testimonial "ad intra"**. Por ejemplo, ante la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos ha dicho que "la unidad visible de todos los cristianos es siempre una obra que viene desde lo alto, de Dios, una obra que pide la humildad de reconocer nuestra debilidad y acoger el don".

Bajo el cielo gris de Roma y ante los miles de peregrinos reunidos en la Plaza de San Pedro, señaló que "la unidad que viene de Dios exige **nuestro diario compromiso de abrirnos los unos a los otros en la caridad"**. En dos palabras, el Papa actual, frente a esos análisis meramente políticos formulados por un fan de su predecesor, ante tanta corrupción y miope visión economicista de la vida, Benedicto XVI sigue siendo un claro referente de honestidad y de la vigencia de los valores evangélicos.

9 Denuncia del Foro de Curas de Madrid: la Iglesia católica, bunker conservador

posted on junio 13th, 2011 by trastevere

<http://blogs.21rs.es/trastevere/2011/06/13/denuncia-del-foro-de-curas-de-madrid-la-iglesia-catolica-bunker-conservador/>

...“La Iglesia ha vivido en España y en otros países una situación de nacionalcatolicismo y de privilegio que en determinados ámbitos era de monopolio. Cerrado ese período histórico, le aterra el enfrentarse a un futuro incierto en el que debe abandonar el poder. El espíritu democrático, la multiculturalidad, la presencia de la mujer en la sociedad, los avances técnicos, la secularización de la moral, ninguno de estos cambios es para ella motivo de esperanza sino de amenaza”....

Madrid, 12 de junio de 2011 (Por Trastevere).- El Foro de Curas de Madrid ha hecho pública una denuncia sobre la actual situación de la Iglesia católica, que titula “La Iglesia, bunker conservador”, y en la que sostiene que “Movida por el miedo y aferrada al poder, la Iglesia ya no sirve sino para que la ‘pise la gente’. De ahí ese desafecto que ella interpreta como persecución”.

El texto de la denuncia es el siguiente:

“Cuando se utiliza esta calificativo (bunker) para definir la postura actual de la Iglesia no hay que equivocarse: no se está hablando del conjunto de la Iglesia sino de la jerarquía, de sus seguidores y sus corifeos.

El término bunker tiene resonancias bélicas y designa un reducto en el que alguien se encierra para defenderse de quienes buscan acabar con él pero es a la vez un lugar desde el que atacar con ventaja al enemigo. Las dos posturas definen a la Iglesia de hoy. Se siente -y así lo proclama- atacada y acosada pero a la vez toma posiciones agresivas y beligerantes.

Ambas actitudes parecen contradictorias pero distan mucho de serlo. Por una parte este grupo de católicos asustados y temerosos, se cierra porque se siente víctima de una sociedad -así la ven ellos- agnóstica, laicista, relativista. Por otra se tiene por poseedor de toda y la única verdad, lo que les lleva al adoctrinamiento, al proselitismo y al enfrentamiento, buscando por todos los medios imponer en la sociedad sus posiciones, todas marcadas con el cuño preconiliar.

Las consecuencias -trágicas para el mensaje evangélico- no se pueden ocultar.

La primera, la incomunicación entre la sociedad y la Iglesia, que ha llevado a ésta a ser una de las peor valoradas entre las instituciones públicas. No es, como debería ser, "bien vista entre la gente". No es una Iglesia atractiva, a pesar de que de cuando en cuando se empeñe en reunir en las calles a miles de adherentes.

En segundo lugar, la alianza con el poder económico e ideológico y en concreto con la parte más a la derecha de éste último. Es llamativo el peso decisivo de las grandes empresas -alguna con enormes desafueros a sus espaldas- en la JMJ, incluida la visita al papa de sus dirigentes.

Todo esto provoca una reacción en cadena: la vuelta a una teología conservadora, a la más estricta concepción jerárquica, a la marginación de la mujer, al pretendido monopolio de la ética, a una visión negativa de la realidad, al pecado original, al sacrificio, a la obediencia, al ahogo y persecución de las bases críticas.

Hay dos campos en que esta crisis se manifiesta de forma especialmente dolorosa: en el ecumenismo y en la opción por los pobres.

De una actitud ecuménica hecha de diálogo y colaboración se ha pasado a la incomunicación, salvo con los grupos más conservadores y fundamentalistas católicos y de otras confesiones. Con el prurito de afirmar su posesión de la verdad se abandonan un lenguaje y unas posturas que tengan en cuenta el pluralismo religioso e ideológico de la sociedad.

En cuanto a los pobres, establecida la alianza con los poderosos, no son en estos momentos un tema prioritario. En el caso de Madrid el Sínodo los olvidó especialmente y es sobre todo muy llamativa la falta de reacción de la jerarquía ante una crisis económica tan grave como la que sufre nuestro país.

Y en último lugar, pero no con menos resonancia: el fundamentalismo de los medios cercanos a la Iglesia o propiedad de la misma, que, afirmándose cristianos, no dudan en acudir al insulto, la injuria o la calumnia.

Causas de esta situación

El Concilio Vaticano II hizo a la Iglesia un requerimiento de reforma, reconociendo la limitación de los seres humanos -y por tanto de ella misma- y poniendo en cuestión muchos de los postulados teológicos y morales que defendía desde siglos. A la vez la organización eclesiástica debería introducir cambios que hicieran visible el hecho de que la Iglesia es en su esencia el "pueblo de Dios".

Desde el comienzo estas ideas tuvieron enemigos acérrimos que se pusieron a la obra de desmontar el espíritu conciliar.

Este ha sido el resultado del largo liderazgo de Juan Pablo II, de su mano derecha Ratzinger y de Rouco en el caso de España. Uno de sus principales instrumentos ha sido la política de nombramientos de obispos y de una formación en los seminarios que vuelve a encontrar sus pilares en la piedad, el sometimiento y el imperio de la ley.

La Iglesia ha vivido en España y en otros países una situación de nacionalcatolicismo y de privilegio que en determinados ámbitos era de monopolio. Cerrado ese período histórico, le aterra el enfrentarse a un futuro incierto en el que debe abandonar el poder. El espíritu democrático, la multiculturalidad, la presencia de la mujer en la sociedad, los avances técnicos, la secularización de la moral, ninguno de estos cambios es para ella motivo de esperanza sino de amenaza.

Aunque con san Pablo debería ver que "éste es el día de la salvación", la reacción no ha sido una conversión que retoma las raíces evangélicas, no ha sido una fe que asume riesgos y compromisos sino el intento de rescatar y utilizar todos los restos de poder, desde los Acuerdos de 1979 hasta la convocatoria masiva en todas las ocasiones posibles.

Movida por el miedo y aferrada al poder, la Iglesia ya no sirve sino para que la "pise la gente". De ahí ese desafecto que ella interpreta como persecución.

Hacia dentro de la comunidad eclesial han vuelto a ponerse en marcha los mecanismos del poder. No los criterios del Evangelio -la lectura de los signos, el respeto a la mezcla del trigo y la cizaña, que el mayor sea como el menor- sino un fuerte centralismo, la idea de una "Iglesia comunión" para la resacralización, para afirmar la doctrina tradicional sin fisuras. En congresos oficiales, sínodos, reuniones del clero, medios de comunicación de la Iglesia los ponentes son siempre de la derecha extrema que sustancian algunas preguntas críticas con respuestas atterradoramente simplistas. Como lo es una moral centrada en sólo algunos temas, siempre complejos, a los que se aportan soluciones igualmente simples.

¿Qué salida tiene esta situación?

Esta respuesta no tiene una respuesta fácil. Muchas razones avalan la idea de que, en esta Iglesia piramidal y centralista, no hay nada que esperar a corto plazo. Por otra parte es también comprensible la postura de quienes quieren limitarse individualmente a vivir su fe de un modo más acorde al Evangelio, en sintonía con el entorno de creyentes a su alcance.

Y sin embargo la situación es tan grave que exige no sólo críticas y lamentaciones sino también acciones decididas.

Por una parte es necesario ir realizando en las parroquias y grupos el modelo de Iglesia participativa en la que creemos. Por otra parte no es posible olvidar que nuestro punto de referencia son los pobres, que esperan de la Iglesia una buena noticia. Y finalmente es preciso aunar fuerzas, establecer lazos con grupos de seglares, de curas, con comunidades, parroquias, movimientos y poner en marcha acciones conjuntas.

Estas acciones pueden ir desde la denuncia de los acuerdos con el Estado Vaticano hasta la colaboración con grupos y asociaciones laicas que trabajan por los derechos humanos.

Y en todo momento, manteniendo la esperanza y la alegría, alzar la voz para denunciar palabras y actitudes de una Iglesia que no es fiel al Evangelio ni útil para el siglo XXI. Porque, como decía Mounier "el silencio ha llegado a ser insoportable". Y porque, frente a unos obispos que toman partido sólo por unos, todos somos iglesia".

10 Lo que va de ayer a hoy: el teólogo Ratzinger versus el papa Benedicto XVI

Carta abierta al Cardenal Joseph Ratzinger

José María GONZÁLEZ RUIZ

Publicada en "Misión Abierta" 2(1987)106-120

Señor Cardenal:

Su reciente intervención en el tema de la Teología de la liberación, sobre todo a través del "Informe sobre la fe", ha producido no poca perplejidad y confusión en una no despreciable mayoría de católicos en todo el mundo. Sin embargo, a través de esta carta abierta quisiera, en primer lugar, agradecerle profundamente algo suyo y a continuación plantearle algunas preguntas con el fin de superar o amainar aquella perplejidad.

El agradecimiento va por la reciente lectura que he hecho de su fascinante libro *El nuevo pueblo de Dios*, que en su original alemán vio la luz en 1969 y al español se tradujo en 1972 (Editorial Herder, Barcelona). Las citas del libro las haré según esta versión española que está a mi alcance.

Para que los lectores de esta carta sepan a qué atenerse procuraré hacer un resumen de lo que yo pienso es más esencial en su libro, para también hacerle después las preguntas pertinentes. Para eso me voy a permitir distribuir la materia en varios apartados.

I. SÍNTESIS DE LAS PROPOSICIONES:

1. La Iglesia

A) Oficios laicales:

El profesor Ratzinger nos dice que el "oficio" cristiano no es una herencia del sacerdocio de la antigua ley, sino una derivación de Cristo mismo:

"Cristo no fue sacerdote, sino laico. Considerado desde el punto de vista del israelita, jurídicamente no poseía ningún "oficio". Y, sin embargo, Cristo no se entendió a sí mismo como intérprete de deseos y esperanzas humanos, algo así como voz del pueblo, como su mandatario secreto o público, ni comprendió su misión desde abajo, como si dijéramos en sentido democrático. Más bien se presentó a los hombres bajo el "menester" o necesidad de un mandato divino claramente perfilado, con autoridad y misión de arriba, como aquél a quien el Padre había enviado" (p. 123).

B) Autonomía versus centralismo

Aunque bajo otros apartados este tema va a recurrir, baste por ahora citar este párrafo significativo:

"Mientras en Oriente se afianzaba cada vez más la autonomía de las comunidades particulares –el elemento vertical– y se relegaba a segundo término la conexión horizontal de las iglesias particulares dentro del conjunto de la colegialidad, en Occidente se desarrolló con tan fuerte predominio la "monarquía" papal, que quedó casi completamente olvidada la autonomía de las iglesias particulares, que fueron absorbidas, por así decirlo, en la iglesia romana (por obra principalmente de la liturgia uniforme de Roma)" (p. 133).

C) Infallibilidad

El profesor Ratzinger describe lúcidamente la infalibilidad, no sólo como el privilegio de una sola persona dotada de un determinado ministerio de la presidencia, sino como la consecuencia de la esencia misma de la iglesia como "convocatoria" –"ekklesía"– del propio Cristo:

"Así, pues, la infalibilidad es por de pronto propia de toda la Iglesia. Hay algo así como una infalibilidad de la fe en la Iglesia universal, en virtud de

la cual esta Iglesia no puede caer nunca totalmente en el error. Esta es la participación de los laicos en la infalibilidad: que a esta participación le convenga, a veces, una significación sumamente activa, se demostró en la crisis arriana, en que temporalmente la jerarquía entera parecía haber caído en las tendencias arrianizantes de mediación, y sólo la infalible actitud de los fieles aseguró la victoria de la fe nicena..., porque la fe no es privilegio de los jefes, sino de toda la esposa de Cristo, y la Iglesia entera es la presencia viva de la palabra divina y, por tanto, no puede nunca descarriarse como iglesia universal... Por eso, en última instancia, no hay laicos en la Iglesia que sean únicamente receptores de la Palabra y no portadores activos de la misma: como, a la inversa, los predicadores activos de la Palabra siguen siendo siempre en lo más hondo receptores de la misma y sólo aprendiendo y recibiendo pueden también enseñar" (pp.168 s.).

En estas últimas afirmaciones descubrimos uno de los pilares más fundamentales de la Teología de la liberación: el pueblo cristiano no es solamente objeto, sino sujeto de la evangelización.

D) *Constantinismo*

El profesor Ratzinger no se limita solamente al constantinismo antiguo y medieval, sino que descubre la desviación más próxima a nuestro presente:

"Nos referimos al estrangulamiento de lo cristiano que tuvo su expresión en el siglo XIX y comienzos del XX en los "Syllabi" de Pío IX y de Pío X, de los que dijo Harnack, exagerando, desde luego, pero no sin parte de razón, que con ellos condenaba la Iglesia la cultura y ciencias modernas, cerrándoles la puerta; y así, añadimos nosotros, se quitó a sí misma la posibilidad de vivir lo cristiano como actual, por estar excesivamente apegada al pasado" (pp. 404-405).

El Profesor Ratzinger ve modernamente un peligro de neoconstantinismo en una especie de "fariseísmo" y "qumranismo":

"¿Quién podría poner en duda que también hoy se da en la Iglesia el peligro del fariseísmo y del qumranismo? ¿No ha intentado efectivamente la Iglesia, en el movimiento que se hizo particularmente claro desde Pío IX, salirse del mundo para construirse su propio mundillo aparte, quitándose así en gran parte la posibilidad de ser sal de la tierra y luz del mundo? El amurallamiento del propio mundillo, que ya ha durado bastante, no puede salvar a la Iglesia, ni conviene a una Iglesia cuyo Señor murió fuera de las puertas de la ciudad como recalca la carta a los Hebreos, para añadir: "Salgamos, pues, hacia él delante del campamento y llevemos con él su ignominia" (Heb 13, 12 s). "Afuera", delante de las puertas custodiadas de la ciudad y del santuario, está el lugar de la Iglesia que quiera seguir al

Señor crucificado. No puede haber duda de lo que, partiendo de aquí, podrá decirse de los bien intencionados esfuerzos de quienes tratan de salvar a la Iglesia salvando la mayor parte posible de tradiciones; de quienes a cada devoción que desaparece, a cada proposición de boca papal que se pone en tela de juicio barruntan la destrucción de la Iglesia y no se preguntan ya si lo así defendido puede resistir ante las exigencias de verdad y de veracidad. En lugar de hacerse esta pregunta nos gritan: ¡No demoláis lo que está construido; no destruyáis lo que tenemos; defended lo que se nos ha dado!... ¿Es que no se enfrentan, en cierto grado, también entre nosotros, el relativismo de una ciencia de las religiones que corresponde a la inteligencia, pero deja vacíos los corazones, y el estrecho ghetto de una ortodoxia, que a menudo no sospecha lo ineficaz que es entre los hombres y que, en todo caso, se hace a sí misma tanto más ineficaz cuanto con mayor obsesión defiende su propia causa? Es evidente que así no puede realizarse la renovación de la Iglesia. El intento falló ya en el celoso Pablo IV, que quiso anular el Concilio de Trento y renovar la Iglesia con el fanatismo de un zelota” (pp. 307-310).

2. Colegialidad

Con respecto a la colegialidad de los obispos el profesor Ratzinger hacía observaciones muy pertinentes y extremadamente valientes. Veamos las más importantes:

“Esta comunión entre sí, con que se contempla la esencia del episcopado y es, por ende, elemento constitutivo para estar con pleno derecho en el colegio episcopal, tiene como punto de referencia no sólo al obispo de Roma, sino también a los que son obispos como él: la cabeza y los restantes miembros del colegio. Nunca es posible mantener una comunión sólo con el papa, sino que tener comunión con él significa necesariamente ser “católico”, es decir, estar igualmente en comunión con todos los otros obispos que pertenecen a la Iglesia católica... Resulta claro e inequívoco que el colegio episcopal no es una mera creación del papa, sino que brota de un hecho sacramental y representa así un dato previo indestructible de la estructura eclesial, que emerge de la esencia misma de la Iglesia instituida por el Señor” (p. 198)

La colegialidad, pues, está en una estrecha posición dialéctica con el ministerio petrino:

“Pedro está dentro, no fuera, de este primer colegio... Los “poderes extraordinarios” de los Apóstoles, es decir, la ordenación ilimitada de cada uno de ellos a la Iglesia universal (sin limitación a un obispado determinado), dependen de la unicidad del apostolado que como tal no se transmite. Los obispos son obispos, y no apóstoles; el sucesor es algo distinto de aquél de quien se toma la sucesión. Esta misma irrepetibilidad

vale, sin embargo, teóricamente también para la relación Pedro-papa. Tampoco el papa es apóstol, sino obispo; tampoco el papa es Pedro, sino papa precisamente, que no está en el orden de origen, sino en el orden de sucesión... El papa sucede al apóstol Pedro y recibe así el oficio de Pedro de servir a la Iglesia universal; el obispo, en cambio, no sucede a un apóstol particular, sino, con el colegio de obispos y por él, al colegio de los Apóstoles... El papa no es que, además de tener una misión de cara a la Iglesia universal, sea también por desgracia obispo de una comunidad particular, sino que sólo por ser obispo de una iglesia puede ser precisamente "episcopus episcoporum", de forma que todas las iglesias han de orientarse por la sola iglesia de Roma... El pensamiento colectivo de que el colegio episcopal entero como tal es sucesor del colegio de los Apóstoles, en vano se buscará por lo menos en los primeros cuatrocientos años" (pp. 203-207).

3. El testimonio del cristiano

Frente a estas realidades eclesiológicas el prof. Ratzinger se plantea estos serios interrogantes: ¿cuál será la actitud del cristiano ante la Iglesia que vive históricamente: de crítica (por amor a la pureza de la Iglesia), de obediencia callada (por razón de su misión divina) o cuál otra? He aquí su respuesta:

"No es azar que los grandes santos no sólo tuvieron que luchar con el mundo, sino también con la Iglesia, con la tentación de la Iglesia a hacerse mundo, y bajo la Iglesia y en la Iglesia tuvieron que sufrir; un Francisco de Asís, un Ignacio de Loyola, que, en su tercera prisión durante veintidós días en Salamanca, aherrojado entre cadenas con su compañero Calixto, permaneció en la cárcel de la Inquisición, y todavía le quedaba alegría y fe confiada para decir: "No hay en toda Salamanca tantos grillos y esposas, que yo no pida más aún por amor de Dios". No cedió un ápice de su misión, ni tampoco de su obediencia a la Iglesia... Sin embargo, la verdadera obediencia no es la obediencia de los aduladores (los que son calificados por los auténticos profetas del AT de "profetas embusteros"), que evitan todo choque y ponen su intangible comodidad por encima de todas las cosas... Lo que necesita la Iglesia de hoy (y de todos los tiempos) no son panegiristas de lo existente, sino hombres en quienes la humildad y la obediencia no sean menores que la pasión por la verdad; hombres que den testimonio a despecho de todo desconocimiento y ataque; hombres, en una palabra, que amen a la Iglesia más que a la comodidad e intangibilidad de su propio destino" (pp. 290-295).

4. Nueva teología

El profesor de teología, que era entonces Joseph Ratzinger, se presentaba con mucha lucidez a la hora de definir la esencia y los límites de lo que debe

ser una teología correcta tras el Concilio Vaticano II. En primer lugar critica ásperamente la que él llama "teología de encíclicas":

"Teología de encíclicas significa una forma de teología en que la tradición parecía lentamente estrecharse a las últimas manifestaciones del magisterio papal. En muchas manifestaciones teológicas, antes del Concilio y todavía durante el Concilio mismo, podía percibirse el empeño de reducir la teología a ser registro y –tal vez también– sistematización de las manifestaciones del magisterio."

Pero este reduccionismo le parece a Ratzinger gravemente mutilador:

"El Concilio manifestó e impuso también su voluntad de cultivar de nuevo la teología desde la totalidad de las fuentes, de no mirar estas fuentes únicamente en el espejo de la interpretación oficial de los últimos cien años, sino de leerlas y entenderlas en sí mismas; manifestó su voluntad no sólo de escuchar la tradición dentro de la Iglesia católica, sino de pensar y recoger críticamente el desarrollo teológico en las restantes iglesias y confesiones cristianas; dio finalmente el mandato de escuchar los interrogantes del hombre de hoy como tales y, partiendo de ellos, repensar la teología y, por encima de todo esto, escuchar la realidad, "la cosa misma", y aceptar sus lecciones."

Además, la urgencia de este método teológico omnicomprendivo es tan grande, que "una teología magisterial que naciera del miedo al riesgo de la verdad histórica o al riesgo de la realidad misma, sería cabalmente una teología apocada, una teología de poca fe desde su punto de partida y, en último término, una evasión ante la grandeza de la verdad. Sería una teología conservadora en el mal sentido de la palabra, preocupada sólo del hecho de conservar y no de la realidad" (pp. 318-320).

Finalmente, la nueva teología se reconcilia con el mundo, cuya autonomía reconoce plenamente, siguiendo el discurso de apertura del Concilio de Juan XXIII:

"Hasta entonces era costumbre mirar la Edad Media como el tiempo ideal cristiano, cuya plena equivalencia entre Iglesia y mundo se consideraba como la meta última de las aspiraciones; la Edad Moderna, en cambio, se concebía como la gran apostasía, comparable con la historia del hijo pródigo, que toma su herencia y sale de la casa paterna, para luego –con la segunda guerra mundial– sentir hambre de las bellotas de los cerdos; en tales comparaciones resonaba también la esperanza del pronto retorno a la casa paterna... El conjunto, empero, conduce en el papa del Concilio a una teología de la esperanza, que casi parece lindar con un optimismo ingenuo" (p. 350).

5. Primado

Sobre el primado papal el profesor Ratzinger nos ofrece una perspectiva profunda y alentadora. Vamos a extraer los pensamientos esenciales de su estructuración teológica.

A) *Origen histórico del "centralismo" pontificio*

El profesor Ratzinger estudia a fondo el nacimiento del que él llama "primado en el sentido del centralismo estatal moderno". El origen se halla en las órdenes mendicantes que se desligan de la obediencia al obispo local y se vinculan directamente al papa:

"Ello significa que ahora, de golpe, en todo el mundo cristiano se movía una tropa de sacerdotes que estaban inmediatamente sometidos al papa sin el eslabón inmediato de un prelado local. Es evidente que este proceso cobraba importancia muy por encima del plano de la vida religiosa. El proceso significa, en efecto, que el centralismo realizado por de pronto como una novedad dentro de las órdenes religiosas iba a trasladarse igualmente a la iglesia universal, que ahora, y sólo ahora, se concebía en el sentido de un Estado central moderno. Con ello acontece ahora al primado algo que hoy día nos parece caerse de su peso, pero que en modo alguno se sigue necesariamente de su esencia; y es que ahora, y sólo ahora, se entiende el primado en el sentido del centralismo estatal moderno" (p. 65).

B) *Rechazo del centralismo papal*

Como era de suponer, esta novedad, tras una estructura milenaria más o menos federal, de la Iglesia, encontró enseguida sus contradictores. El principal de ellos fue Guillermo de Saint-Amour. Este autor acudía al principio fundamental de la "jerarquía" según el Seudo-Dionisio:

"Según este principio, a ninguna jerarquía se le podía permitir intervenir en el orden total jerárquico, sino que cada una podía influir únicamente sobre la jerarquía que estaba inmediatamente debajo de ella. Este principio tenía que resultar en su aplicación como esencialmente antipapal. Exigía, por así decirlo, la observación del principio de subsidiaridad en la Iglesia y vedaba, por tanto, que el papa se saltara la autoridad episcopal, como sucedía efectivamente en el caso de las licencias de predicar y confesar concedidas a los frailes mendicantes organizados en sistema centralista... Ya en el tratado *De periculis novissimorum temporum* recalca Guillermo con énfasis la falibilidad teórica del papa, que él demuestra por el *Decretum Gratiani* y por el *Liber extra*... Si en el *tractatus brevis* la tesis de la falibilidad del papa todavía se movió entre generalidades, luego indicó que el papa también puede caer en la herejía y que, en tal caso, debe negársele la obediencia. Tal habría acontecido efectivamente en tiempo de San Hilario" (pp. 66-68).

C) *Papalismo de San Buenaventura*

El profesor Ratzinger hace un sustancioso estudio sobre el pensamiento de San Buenaventura con respecto al primado papal. El santo franciscano se agarraba al AT, donde había un sumo sacerdote, para deducir de ahí, por vía de *minori ad majus*, que en el NT también lo tiene que haber y que, en concreto, es el papa:

“En este punto resulta a la vez evidente la debilidad y hasta el peligro del pensamiento jerárquico de Buenaventura, inicialmente tan luminoso. Porque ¿pueden trasladarse realmente todos los datos del AT sin más al Nuevo con un “cuánto más” eminentiore modo? ¿O no habrá más bien que borrar muchas cosas *via negationis*? Cabe preguntar, sobre todo, si pareja argumentación, precisamente respecto de la dignidad sumosacerdotal, no está directamente vedada por la carta a los Hebreos. Porque según las claras palabras de este texto, el equivalente neotestamentario del sumo sacerdote de la antigua alianza no está representado por sacerdote alguno puramente humano, sino por el sumo sacerdote Cristo, definitivo y en verdad único” (Heb 4,14; 10,18).

El profesor Ratzinger hace una sustanciosa valoración teológica de este “papalismo” de San Buenaventura:

a) “El intento de interpretar la realidad del primado por el concepto de reducción debe calificarse de desafortunado y peligroso. Amenaza con colocar al papa en un puesto que en verdad sólo corresponde a Cristo. Así, este intento no puede justificarse, aunque puede comprenderse por el impulso total del sistema”.

b) “La designación del papa como *summus hierarca* que de pronto puede parecer brillante, es también peligrosa dentro de una estricta inteligencia del concepto de jerarquía desde el sistema dionisiaco”.

c) “El papa no es *vicarius Christi* en el sentido de que esté ahora en lugar del Cristo histórico que vivió sobre la tierra, sino, más bien, de suerte que representa exteriormente al Señor que vive y reina ahora, y actualiza su presencia” pp.74-79).

6. Primado y episcopado

El profesor Ratzinger estudia la evolución del primado dentro de su ambiente natural, que es, sin duda, el episcopado. Para ello empieza por rastrear el origen de la misma expresión:

“La palabra *primatus* (proteía) aparece, en cuanto se me alcanza, en el canon seis del Concilio de Nicea, donde curiosamente está en plural y no

describe sólo la función de Roma, sino al mismo tiempo la de Alejandría y Antioquía, no expresando, por tanto, un problema referido exclusivamente a la sede romana" (pp. 138-146).

En la evolución de las relaciones primado-episcopado después de Nicea el profesor Ratzinger destaca la intervención que, en el siglo XII, tuvo el obispo Nicetas de Nicomedia en sus diálogos con Anselmo de Havelberg. Ratzinger califica de "grandiosa" esta intervención del obispo oriental, que copia literalmente:

"Roma, sede eminentísima del imperio, obtuvo la primacía, de suerte que se llamó primera sede y a ella apelaron todas las demás en las disciplinas eclesiásticas, y lo que no se comprende en reglas fijas quedó sometido a su juicio. Sin embargo, el romano pontífice no se llamó príncipe de los obispos ni sumo sacerdote ni cosa por el estilo, sino sólo obispo de la primera sede. Pero la iglesia romana, a la que nosotros no negamos ciertamente la primacía entre hermanos, se ha separado de nosotros por su sublimidad, al asumir la monarquía (lo que no era su oficio) y, dividido el imperio, ha dividido también a los obispos de Oriente y Occidente. Nosotros no discordamos en la misma fe católica de la iglesia romana; sin embargo, como quiera que en estos tiempos no celebramos concilios con ellas, ¿cómo vamos a aceptar sus decretos que se dan sin nuestro consejo y hasta sin nuestro conocimiento? Porque si el romano pontífice, sentado en el alto trono de su gloria, quiere tronar contra nosotros y desde su alto puesto dispararnos, por así decirlo, sus decretos y juzga no por nuestro consejo, sino por su beneplácito y propio arbitrio, de nosotros y de nuestras iglesias y hasta impera sobre ellas ¿qué fraternidad y hasta qué paternidad puede ser ésa? En tal caso podríamos llamarnos y ser verdaderos esclavos y no hijos de la Iglesia... Sólo él deberá ser obispo, sólo maestro, sólo preceptor, sólo él deberá responder, como único buen pastor, ante Dios de todo lo que se le ha confiado. Mas si quisiere tener cooperadores en la viña del Señor, manteniendo desde luego su primado en su exaltación, gloriése de su bajeza y no desprecie a sus hermanos, a los que la verdad de Cristo engendró no para la servidumbre, sino para la libertad en el seno de la madre Iglesia".

Comparando los orígenes primitivos de los patriarcados con el más reciente del cardenalato, el antiguo profesor de Tubinga escribe:

"El patriarcado es una institución de la Iglesia universal que designa a los obispos de las iglesias principales, llamados originalmente "primados" y que, consiguientemente, afectaba a la manera con que se reguló la unidad de la Iglesia en las grandes extensiones eclesiásticas y la unión entre ellas. Ahora aparece a ojos vista el cardenalato como un oficio de la Iglesia universal... Desde el siglo XIII el cardenal está por encima del patriarca, de suerte que éste sube de honor cuando se le hace cardenal... Finalmente

surge la idea de que los cardenales son los verdaderos sucesores de los Apóstoles, porque éstos habrían sido cardenales antes de haber sido hechos obispos" (pp. 148-154).

En una palabra, en todo este problema de las relaciones entre primado papal y episcopado, "a lo que debe más bien aspirarse es a la pluralidad en la unidad y a la unidad en la pluralidad. En este sentido, la conjunción de las posibilidades del principio colegial (consejo episcopal, conferencia episcopal, etc.) con las del primado y su intercambio constante debieran, sobre todo, ser capaces de posibilitar la recta respuesta a las exigencias actuales. El primado necesita del episcopado, pero también el episcopado del primado; y uno y otro deberían enjuiciarse cada vez menos como rivales y cada vez más como complementarios" (pp. 159-163)

7. Primado y Concilio

En las relaciones entre primado y concilio el profesor Ratzinger hace unas sabrosas observaciones que vamos a resumir. En primer lugar, el oficio eclesiástico es "colegial" por institución:

"No se confiere al individuo como individuo, sino con miras a la comunidad; sólo puede poseerse comunitariamente, como inserción en un collegium. Por eso, el concilio no es, por esencia, otra cosa que la realización de la colegialidad".

De esta consideración se sigue que el servicio de los obispos representa el magisterio normal ordinario de la Iglesia:

"Este magisterio no es ciertamente (a Dios gracias) infalible en todas sus manifestaciones particulares; quiere, efectivamente, traducir la palabra a la vida y presentarla de un modo concreto a los hombres... La infalibilidad normal de la Iglesia tiene forma colegial; lo otro es "extraordinario". Por eso "la infalibilidad del papa no existe per se, sino que ocupa un lugar perfectamente determinado y limitado y, en modo alguno, exclusivo, dentro del marco de la presencia perenne de la palabra divina en el mundo".

Pero la cuestión, dice Ratzinger, es saber en qué relación están estos dos datos: concilio infalible y papa infalible.

"El llamado papalismo o curialismo desde la aparición de la órdenes mendicantes en la alta Edad Media, se mostró pujante y ganó posteriormente nueva importancia en la época de la restauración. El papalismo declara, a la inversa, que los obispos son únicamente de derecho papal, órganos ejecutivos del papa, de quien en exclusiva reciben su jurisdicción y junto al cual no representarían, por tanto, ningún orden

especial en la Iglesia. El Concilio Vaticano I declaró heréticos ambos puntos de vista”.

Y concluye el profesor Ratzinger:

“Según esto, el primado del papa no puede entenderse de acuerdo con el modelo de una monarquía absoluta, como si el obispo de Roma fuera el monarca, sin limitaciones, de un organismo estatal sobrenatural, llamado “Iglesia” y de constitución centralista... El primado supone la *communio ecclesiarum* y debe entenderse, desde luego, partiendo únicamente de ella” (pp. 23-51).

8. El papa “roca” y “escándalo”

Finalmente el profesor Ratzinger destaca valientemente las dos facetas que indisoluble y dialécticamente constituyen la figura del ministerio petrino: “roca” y “escándalo”:

“Es la figura de Pedro, a quien en Mt 16,19 se le promete el mismo poder que en Mt 18,18 transmite el Señor a toda la comunidad de los Apóstoles... Prescindiendo por completo del problema de la localización histórica de la promesa del primado, podemos afirmar independientemente que, para el pensamiento bíblico, la simultaneidad de “roca” y “Satanás” (y “skándalon”=piedra de tropiezo) no tiene de suyo nada de imposible. Al contrario, para ese pensamiento que sabe de la necedad de Dios, de la victoria de la fuerza de Dios por la catástrofe de la cruz, semejante paradoja es típicamente cristiana”.

El antiguo profesor de Tubinga descubre, a lo largo de la historia del papado, la supervivencia de esta doble faceta dialéctica:

“¿Y no ha sido fenómeno constante a través de la historia de la Iglesia que el papa, el sucesor de Pedro, haya sido a la par “petra” y “skándalon”, roca de Dios y piedra de tropiezo? De hecho, importará al creyente aguantar esta paradoja del obrar divino, que confunde siempre su soberbia, esta tensión entre roca y Satanás, en que se compenetran de manera inquietante los contrastes más extremos. Lutero conoció con opresora claridad el factor “Satanás” y no dejaba de tener alguna razón en ello; pero su pecado estuvo en no aguantar la tensión bíblica entre “Cefas” (“petra”) y Satanás, que pertenece a la tensión fundamental de una fe que no vive del merecimiento, sino de la gracia”.

Finalmente el teólogo alemán advierte contra el peligro de distinguir entre “institución” y “hombres de la institución”:

No pueden separarse sencillamente la "Iglesia" y "los hombres de la Iglesia"; la abstracta pureza sin mácula de la Iglesia que de este modo destilaría, no tiene sentido alguno real histórico. La Iglesia vive por medio de los hombres en el tiempo y en el mundo presente y, a pesar del misterio divino que lleva dentro de sí, vive de manera verdaderamente humana. Hasta la institución como institución conlleva la carga de lo humano; también la institución conlleva la inquietante arbitrariedad de lo humano para poder ser piedra de tropiezo" (pp. 285-288).

II. PREGUNTAS

Una vez que he intentado resumir lo más sabroso de su libro, me permito ahora, Sr. Cardenal, hacerle unas preguntas, con toda humildad y respeto, para que su respuesta disipe la no pequeña perplejidad en que su aparentemente doble postura nos tiene sumidos.

1. ¿Hasta qué punto la actual estructura de la Iglesia católica romana permite que en su seno se lleve a cabo aquella "infalibilidad de los laicos" que, según Vd. mismo insinúa muy acertadamente, en el Concilio de Nicea salvó la ortodoxia frente a las vacilaciones de una jerarquía fuertemente influida por el arrianismo? (p. 168 s.). ¿No hemos descubierto, más bien, un profundo recelo ante la afirmación de la Teología de la liberación, según la cual los pobres no son sólo objetos, sino sujetos de la evangelización?

2. ¿Qué hace hoy la cúspide de la Iglesia católica romana, sobre todo la Curia, por despojarse de aquellas "insignias de los funcionarios romanos que no tuvieron inconveniente en colgarse"? ¿Cuál es la actitud de la actual Curia romana para impedir que no surjan de nuevo otros "Syllabi", como "los de Pío IX y Pío X, de los que dijo Harnack, exagerando desde luego, pero no sin parte de razón, que con ellos condenaba la Iglesia la cultura y ciencias modernas, cerrándoles la puerta", con lo cual -Vd. mismo añade- "se quitó a sí misma la posibilidad de vivir lo cristiano como actual, por estar excesivamente apegada al pasado? (pp. 404-405).

3. ¿No cree que hoy se da de nuevo el peligro de "fariseísmo" y "qumranismo", por Vd. tan valientemente denunciados, y que estamos a punto de caer el "el estrecho ghetto de una ortodoxia que a menudo no sospecha lo ineficaz que es entre los hombres y que, en todo caso, se hace a sí misma tanto más ineficaz cuanto con mayor obsesión defiende su propia causa"? ¿Es que hoy no podría también repetirse el caso del "celoso Pablo IV, que quiso anular el Concilio de Trento y renovar la Iglesia con el fanatismo de un zelota" (pp. 307-310)?

4. ¿Sigue Vd. creyendo que, después del Concilio Vaticano II, "el intento de conservar una posición de mayoría, supuesta o real, ha fracasado"? ¿Sigue pensando todavía que "el Concilio marca la transición de una actitud

conservadora a una actitud misional” y que “la oposición conciliar al conservadurismo no se llama progresismo, sino espíritu misional” (pp. 332 s.)? ¿O más bien, desde sus altos cargos jerárquicos se ha visto obligado a dar marcha atrás en este optimismo conciliar de primera hora?

5. Supongo, Sr. Cardenal, que no habrá cambiado nada en esta afirmación suya: “El colegio episcopal no es una mera creación del papa, sino que brota de un hecho sacramental y representa así un dato previo indestructible de la estructura eclesial, que emerge de la esencia misma de la Iglesia instituida por el Señor” (p. 198). Pero ¿sigue Vd. manteniendo, con todas sus consecuencias, la afirmación de que “Pedro está dentro, no fuera de este primer colegio”? (pp. 203-207). ¿No encuentra todavía excesiva la distancia real que existe entre el papa y los obispos?

6. Ahora que ya no ejerce de teólogo, sino de juez de los teólogos, ¿sigue creyendo que en nuestra Iglesia existen hoy profetas “que no sólo deben luchar con el mundo, sino también con la Iglesia, con la tentación de la Iglesia a hacerse mundo”, y que “bajo la Iglesia y en la Iglesia tienen que sufrir”? ¿Sigue calificando negativamente “a los que evitan todo choque y ponen su intangible comodidad por encima de todas las cosas”? ¿De verdad sigue creyendo que “lo que necesita la Iglesia de hoy (y de todos los tiempos) no son panegiristas de lo existente, sino hombres en quienes la humildad y la obediencia no sean menores que la pasión por la verdad... que amen a la Iglesia más que a la comodidad e intangibilidad de su propio destino” (pp. 290-295)?

7. ¿Sigue sosteniendo su mala opinión sobre la que Vd. tan atinadamente llama “teología de encíclicas”, o sea, una teología que se reduzca a ser “registro y –tal vez también– sistematización de las manifestaciones del magisterio” (pp. 318-320)? ¿Sigue pensando que el ideal de hoy es superar la concepción de que “la Edad Media era como el tiempo ideal cristiano, cuya plena equivalencia entre Iglesia y mundo se consideraba como la meta última de las aspiraciones” (p. 350)? ¿No se inclina más bien al resurgir medievalista que indudablemente llevan consigo movimientos católicos contemporáneos como “Comunión y Liberación”?

8. ¿Sigue criticando la postura de San Buenaventura, cuando éste llama al papa “vicario de Cristo” (pp. 74-79)? ¿Cree que en la rutina cotidiana no se sigue entendiendo esta adjetivación como si el papa fuera una especie de sucesor de Cristo, el cual sólo sería venerado en el “hábitat” celestial, y no considerado como Cabeza del Cuerpo, que es la Iglesia?

9. Ahora que es cardenal, ¿sigue sosteniendo la tesis de lo peligrosa que es la institución del cardenalato, ya que puede “surgir la idea de que los cardenales son los verdaderos sucesores de los Apóstoles” (pp. 148-154)? ¿Ha hecho algo por que se modifique esta inflación eclesial del cardenalato

en beneficio del colegio episcopal y, también, del pueblo de Dios en general?

10. Si, según su teología, "el concilio no es, por esencia, otra cosa que la realización de la colegialidad" (pp. 236 s.), ¿ha hecho algo para que se multipliquen los concilios, sin los cuales la colegialidad corre el riesgo de convertirse en sucursalismo de la Curia romana? ¿No ha pensado que, sin una mayor frecuencia de los concilios, se pelagra caer en el grave riesgo que Vd. acertadamente señala: "El primado del papa no puede entenderse de acuerdo con el modelo de una monarquía absoluta, como si el obispo de Roma fuera el monarca, sin limitaciones, de un organismo estatal sobrenatural, llamado "Iglesia" y de constitución centralista" (pp. 236 s.)?

11. ¿Sigue sosteniendo su luminosa distinción entre las dos facetas del ministerio petrino –"roca" y "skándalon" o "Satanás"–, y sigue creyendo que, en la crítica dirigida a la Iglesia, sobre todo a la cúspide, "no pueden separarse sencillamente la "Iglesia institución" y "hombres de la institución" (pp. 985-988)? Según esto, ¿no cree que los cristianos, sobre todo los teólogos, deben ser críticos frente al propio papa, para descubrir lo que en él pueda haber de "escándalo" o "satánico" y lo que, sin duda, hay siempre de "roca"? ¿No le parece que un determinado panegirismo al enfocar la figura de un papa –sobre todo, si es el de turno– hace un gran daño a la Iglesia, empezando por el mismo que ejerce el ministerio petrino, al que se engañaría con una adulación, cuyo origen está, como Vd. muy bien dice, en el apego a la propia comodidad?

Señor Cardenal:

Estas preguntas están hechas con una enorme sinceridad y con un gran cariño a la Iglesia católica romana, a la que desde el principio de mi existencia pertenezco. Estoy seguro de que una respuesta suya disiparía muchas dudas y eliminaría muchas perplejidades, que indudablemente se dan a todos los niveles.

No me queda más que pedirle al Espíritu Santo, verdadera alma de la Iglesia, que nos ilumine a todos, para que "nos vaya guiando por toda la verdad" (Jn 16,13).